

# La dinámica de consolidación de la hegemonía neoliberal y del liderazgo menemista en la Argentina (1993-1995)\*

## The Dynamic Consolidation of Neoliberal Hegemony and Menemist Leadership in Argentina (1993-1995)

*Hernán Fair\*\**

Recibido: 30/06/2013

Aprobado Evaluador Interno: 28/07/2013

Aprobado Evaluador Externo: 10/08/2013

### Resumen

El trabajo analiza la dinámica de consolidación de la hegemonía neoliberal y del liderazgo de Carlos Menem en la Argentina de los años 90. A partir de un análisis discursivo de la hegemonía, que se centra en las disputas escenificadas en el campo público mediático de la prensa gráfica de circulación nacional, se estudian los posicionamientos sociohistóricos y políticos-institucionales de los actores políticos clave, entre la etapa

### Abstract

The paper analyzes the dynamic consolidation of neoliberal hegemony of Carlos Menem's leadership in the Argentina of the '90s. From a discursive analysis of hegemony, which focuses on the staged disputes in the public print media, the research studies the socio-historical and political positions of the key political actors between the sedimentation stage of the menemist hegemony and Carlos Menem's reelection as president.

SICI: 0122-4409(201307)18:2<437:DCHNLM>2.0.TX;2-F

\* Artículo de Investigación. Este trabajo se inscribe en el marco de una investigación más amplia, que constituyó mi Tesis de Doctorado en Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, marzo de 2013. Agradezco la lectura y los valiosos comentarios, críticas y sugerencias de Javier Balsa, Sebastián Barros, Paula Biglieri, María Eugenia Conturzi, Arturo Laguado, Santiago Leiras y Andrea Palópoli, a una versión anterior. A todos ellos los excluyo, no obstante, de posibles errores u omisiones, que son de mi absoluta responsabilidad.

\*\* Politólogo argentino. Doctor en Ciencias Sociales (Universidad de Buenos Aires). Becario posdoctoral (CONICET-Universidad Nacional de Quilmes). Docente de la carrera de Ciencia Política (Universidad de Buenos Aires). Autor de capítulos de libros y de numerosos artículos en revistas científicas nacionales e internacionales. Especializado en temas vinculados al análisis del discurso, teoría y sociología política e historia argentina reciente. Correo electrónico: herfair@hotmail.com / hernanfair@conicet.gov.ar.

de sedimentación de la hegemonía menemista y el momento de la reelección de Carlos Menem como presidente.

**Palabras clave:**

Menemismo, Hegemonía neoliberal, Análisis del discurso, Posicionamientos político-institucionales, Argentina.

**Keywords:**

Menemism, Neoliberal hegemony, Discourse analysis, Political-institutional positioning, Argentina.

**Palabras clave descriptor:**

Luchas sociales, América Latina, Argentina, política y gobierno, reelección presidencial, Menem, Carlos Saúl, 1930.

**Keywords plus:**

Social struggles, Latin America, Argentina, politics and government, reelection, Menem, Carlos Saúl, 1930.

## Introducción

La llegada al poder de Carlos Menem, en julio de 1989, significó un profundo proceso de transformación en la economía, la política, la sociedad y la cultura argentinas, que terminó de destruir el Estado benefactor que había edificado el peronismo en la segunda posguerra. A pesar de la radicalidad de las reformas, el menemismo logró construir un nuevo y exitoso sentido común en torno a los valores del neoliberalismo modernizador. Esta hegemonía cultural solo logró solidificarse con la implementación de la Ley de Convertibilidad (abril de 1991), que estabilizó y reactivó la economía, luego de un periodo de dos años de hiperinflación y caos económico, político y social.

Hacia 1993, durante la etapa de sedimentación de la hegemonía menemista, existía un acuerdo general sobre las bases del modelo económico y social. Dentro de ese marco, el menemismo había logrado un éxito considerable conformando lo que definimos como el núcleo nodal de la hegemonía neoliberal en la Argentina (Fair, 2013). Este núcleo orgánico presentaba un “significante tendencialmente vacío” (Laclau, 2005a), que se basaba en la aceptación explícita —o al menos el no cuestionamiento público— de la estabilidad monetaria, considerada como positiva por el conjunto de los actores sociopolíticos clave. Pero además, en el contexto de la estabilización monetaria que se logró a partir de abril de 1991, el menemismo había logrado articular la estabilidad con la Ley de Convertibilidad, por lo cual las críticas puntuales al 1 a 1, en ningún caso, reclamaban públicamente la devaluación o la salida del esquema de paridad cambiaria fija. Finalmente, dentro del marco de la aplicación de un proceso de reformas y ajustes estructurales, inédito por su radicalidad y sistematicidad, el menemismo lograría extender esta cadena equivalencial a las reformas neoliberales, de modo tal que se podían criticar de forma puntual las políticas pro-mercado. No obstante, no se planteaba una oposición al conjunto del modelo, ni se construía una hegemonía alternativa, pues se aceptaba la estabilidad como factor indiscutido. De este modo, observamos que se edificó un núcleo orgánico que articulaba de forma integrada los significantes de estabilidad, la Ley de Convertibilidad y el consenso sobre la no devaluación, encadenados de manera discursiva a las reformas neoliberales, a partir de significantes legitimadores como el crecimiento, la modernización y el progreso económico (Fair, 2013).

Como consecuencia de la estructuración de este núcleo nodal con eje en la estabilidad, las políticas neoliberales basadas en privatizaciones, flexibilización del mercado laboral y apertura comercial eran, en muchos casos, fuertemente criticadas desde sectores del sindicalismo (en particular, los gremios estatales, la Unión Obrera Metalúrgica y las 62 Organizaciones), los medios masivos de prensa escrita (los diarios *Página 12* y *Clarín*), la dirigencia político-partidaria (en particular, dirigentes del peronismo, como Antonio Cafiero y Roberto Digón), economistas heterodoxos y una porción marginal

del empresariado industrial, que se quejaban de su impacto sobre la producción y la industria nacionales y el nivel de empleo. Del mismo modo, actores neoliberales —entre ellos economistas ortodoxos, el dirigente radical Fernando De la Rúa y las editoriales y notas del diario *La Nación*— criticaban la ausencia de un ajuste monetario más estricto, y/o demandaban profundizar y extender las reformas pro-mercado pendientes (entre ellas, la desregulación efectiva del sistema de Obras Sociales) para equilibrar las finanzas e incrementar la competitividad y la productividad, con el fin de “consolidar” la estabilidad. Mientras tanto, desde otros sectores, solo se exigía un “emprolijamiento” institucional para la segunda etapa de las reformas.

Por último, las políticas económicas puntuales eran criticadas por diversos actores, y en diversos grados, por sus “costos sociales”. Estas críticas provenían desde sectores de la Iglesia, hasta dirigentes de los partidos predominantes, el sindicalismo y los medios masivos. No obstante, en todos los casos se defendía, ya sea de forma explícita o implícita, la estabilidad monetaria, y se rechazaba —o no se mencionaba públicamente— la posibilidad de devaluar la moneda. Por lo tanto, se evitaba construir una alternativa al esquema de convertibilidad, cuyo significativo devaluación se había convertido en “tabú” (Foucault, 1973). Una lógica similar asumían otros significantes típicos de la tradición nacional popular, asociados a una concepción mercado-internista, de nacionalismo antiimperialista y populista-movimientista, que habían pasado de estructurar los discursos de los actores políticos radicalizados, a finales de los años 80, a ser eliminados, o relegados casi por completo, en la etapa de sedimentación de la hegemonía menemista. Esta transformación era una muestra indirecta del éxito interpelativo del discurso de Menem de “modernización” y “actualización” a los “nuevos tiempos” (Fair, 2013).

De este modo, en términos generales, el menemismo lograba, en 1993, edificar y sedimentar una sólida hegemonía que se estructuraba en torno al éxito del proceso de estabilización monetaria y modernización, alcanzado con la instauración de la Ley de Convertibilidad, y la articulación discursiva entre la estabilidad, la Convertibilidad y las reformas y ajustes neoliberales. Este proceso se materializó a partir del contundente rechazo a todo intento por salir del esquema de paridad cambiaria fija. Este modo de construcción orgánica de la hegemonía menemista nos permite comprender, a su vez, la ausencia de una contrahegemonía efectiva al menemato. En efecto, hemos destacado que los discursos de los actores políticos críticos se edificaron sobre la base de una aceptación, ya sea implícita o explícita, de las premisas básicas del modelo. Así, emergieron una serie de nuevos discursos que aceptaban como base el eje medular, pero lo complementaban con elementos adicionales que buscaban “emprolijarlo” a nivel político-institucional, social y, en algunos casos, también económico. En los discursos más radicalizados se mantenía una fuerte crítica a aspectos puntuales del modelo, aunque su estructuración era centralmente “defensiva”. En todo

caso, no formulaban una alternativa concreta en el plano de la positivización, más allá de una vaga recuperación de elementos nacional-populares residuales. Dentro de dicho marco, surgirían un conjunto de contradiscursos que disputarían elementos considerados ausentes o defectuosos en el esquema menemista, incluyendo, de manera particular, al propio liderazgo de Menem, aunque sin oponerse al núcleo duro e impenetrable del modelo (Fair, 2013).

En este trabajo nos proponemos incorporar una dimensión dinámica de la hegemonía, concentrada en el análisis del proceso sociopolítico en el que se asientan los discursos. Para ello, examinaremos los posicionamientos sociohistóricos y políticos-institucionales de los actores políticos clave a partir de mediados de 1993, momento en el que se produce el acontecimiento crucial de la conformación oficial del Frente Grande, como nuevo partido político ajeno al bipartidismo. Con su lema “Otro país es posible”, esta coalición anti-menemista provocaría una serie de transformaciones sociopolíticas de gran relevancia que, en los meses subsiguientes, se verían acompañadas por un conjunto de cambios en los posicionamientos discursivo-institucionales de los actores políticos más importantes. El análisis concluye en las elecciones presidenciales de mayo de 1995, momento en el cual la disputa hegemónica termina con la cómoda reelección de Carlos Menem como presidente. En ese marco, buscamos responder los siguientes interrogantes estructuradores: ¿qué transformaciones y continuidades centrales se produjeron en los discursos y en los tópicos de debate de los actores políticos clave, entre la sub-etapa que se inicia a mediados de 1993 y las elecciones presidenciales de 1995? Y, en segundo término, ¿qué impactos tuvieron esos acontecimientos y posicionamientos en la estructuración de la hegemonía menemista y el posterior éxito político de Carlos Menem?

### **Marco teórico-metodológico**

Esta investigación asume una perspectiva de análisis discursivo de los procesos sociales. Para ello, toma como referencia la teoría del discurso de Ernesto Laclau. Desde este enfoque se comprende el discurso en un sentido amplio, que incluye el análisis de los elementos lingüísticos y extralingüísticos. En ese marco, no existe una realidad estructurada por fuera del orden simbólico (Laclau y Mouffe, 1987). No obstante, pese a que las prácticas sociales, las políticas públicas y los con-textos sociohistóricos, económicos e institucionales, así como las formas de identificación, adquieren sentido desde y a través del orden del discurso, sostenemos que estos elementos actúan en planos diferentes y que, por lo tanto, pueden ser analíticamente diferenciados (Balsa, 2013; Fair, 2013). La mayoría de los análisis sobre la hegemonía se concentran en el aspecto puramente lingüístico, de modo tal que relegan, o abandonan directamente, los componentes que exceden a lo verbal o textual.

En este trabajo nos proponemos integrar ambos planos, examinando el discurso político bajo el prisma del proceso sociohistórico, político-institucional y de las prácticas sociales<sup>1</sup>. En ese marco, asumimos una concepción del discurso que podemos definir como discurso *en sentido amplio*, ya que integra lo lingüístico o verbal y lo extralingüístico, en contraposición a los análisis del discurso *en sentido estricto*, que solo examinan el primer eje. Según sostenemos, los elementos extralingüísticos deben ser entendidos como condicionantes de los elementos lingüísticos que cumplen una doble función. Por un lado, restringen y condicionan, en diverso grado, a los sujetos. Por el otro, les otorgan capacidad agentiva, de modo tal que no actúan como determinantes de sus percepciones y acciones<sup>2</sup>. En segundo lugar, afirmamos que entre los componentes lingüísticos y extralingüísticos se establece una relación dialéctica. De esta forma, lo verbal construye el significado de lo extraverbal, pero los elementos no lingüísticos permiten transformar los discursos, en sentido estricto (Fair, 2013).

El recorte del *corpus* abarca el periodo 1993-1995, y toma como referencia el análisis de los discursos público mediáticos, en la medida en que son reproducidos en los principales diarios de circulación nacional (Clarín, La Nación y Página 12). Además, la investigación se complementa con fuentes secundarias provenientes de revistas y documentos y algunas menciones a diarios de negocios (Ámbito Financiero). Finalmente, se incluye el análisis de los discursos oficiales de Carlos Menem durante el mismo periodo.

### **Posicionamientos político-institucionales y sociohistóricos de los actores políticos clave en la etapa de sedimentación de la hegemonía menemista**

¿Cómo se estructurarán los posicionamientos de las fuerzas de oposición político-partidarias durante la etapa de sedimentación de la hegemonía neoliberal? En este campo, con la excepción del partido neoliberal de la Unión de Centro Democrático (UCEDé) —aliado político del menemismo— y del discurso marginal del Movimiento de Integración y Desarrollo (MID), hacia 1993 se hacía presente una disputa entre dos grandes discursividades. Por un lado, se presentaba un paquete de discursos que denominamos liberal-republicano, que, en ocasiones, asumía una orientación “sensibilista” en lo social. Por el otro, un macro-discurso de productivismo nacional, que presentaba solo algunos elementos residuales del discurso nacional popular, pero desde una posición enfocada en la negatividad hacia aspectos puntuales del orden vigente y con un antagonismo ponderado. Estos paquetes de discursos, entre los agentes provenientes del campo político partidario, en ocasiones se presentaban de forma mixturada, de modo

<sup>1</sup> De hecho, cada uno de estos ejes extralingüísticos actúa en planos diferentes (Balsa, 2013).

<sup>2</sup> Esta “dualidad de la estructura” ha sido destacada por Giddens (1993), aunque desde un enfoque onto-epistemológico diferente, de raíz hermenéutica.

tal que se articulaban elementos de ambas formaciones (Fair, 2013). En la etapa de sedimentación de la hegemonía menemista, estas divisiones ideológicas se expresaban en fuertes disputas hegemónicas, tanto a nivel intra como a nivel interpartidario.

### **La fragmentación de posicionamientos de las fuerzas de oposición: las divisiones intra-partidarias**

#### Las disputas internas en la UCR

Las divisiones intrapartidarias se expresaban en toda su magnitud dentro del principal partido opositor, la Unión Cívica Radical (UCR). Este histórico partido tenía, desde sus orígenes, un discurso centrado en aspectos éticos e institucionalistas, típicos del republicanismo liberal-democrático (Mayer, 1995). Sin embargo, desde mediados de los años 80, sus principales dirigentes presentaban, a su vez, un discurso que combinaba algunos elementos desarrollistas, con varios componentes típicamente neoliberales, sobre todo tras el fracaso del Plan Austral (1985) y la incorporación de un conjunto de técnicos ortodoxos en la cartera económica (Heredia, 2006). El propio Gobierno radical había llevado a cabo, durante 1988, un conjunto de políticas económicas con una creciente cantidad de componentes ortodoxos (como el énfasis en el equilibrio fiscal vía la reducción del gasto público, para contener la inflación), aunque persistían las divisiones internas con el ala más “política” de la estructura partidaria.

Así, hacia finales de la década, era posible observar al menos dos corrientes internas. La primera, con una orientación neodesarrollista o desarrollista-monetarista en lo económico y “socialdemócrata” en lo social, se hallaba liderada por el presidente Raúl Alfonsín y secundada por un conjunto de dirigentes alfonsinistas, entre los que se destacaban Jesús Rodríguez, una primera etapa de Juan Manuel Casella, Leopoldo Moreau y Federico Storani<sup>3</sup>. La segunda vertiente, que integraba elementos neodesarrollistas con una clara inclinación hacia valores neoliberales en lo económico y neoconservadores en lo social, incluía a dirigentes provenientes del ala más conservadora del partido, liderados por el gobernador de Córdoba, Eduardo Angeloz, y el también cordobés Fernando De la Rúa. En ambos discursos se presentaba, además, un componente típicamente liberal-democrático (Fair, 2013).

A partir del ascenso de Carlos Menem al poder, en julio de 1989, estos discursos se reformularían parcialmente, incorporando un énfasis creciente en los aspectos liberal-republicanos y, en el caso de los discursos más “progresistas”, una colonización de algunos significantes típicamente neoliberales. Sin embargo, se mantenían algunas divergencias en el campo económico. Paralelamente, se presentaban una serie de disputas

<sup>3</sup> En realidad, habrá diferentes etapas en los posicionamientos de estos integrantes, aunque podemos destacar a Alfonsín, Rodríguez y Moreau (y luego se sumaría Melchor Posse).

ideológicas y pugnas por el liderazgo interno del partido. Por un lado, Raúl Alfonsín acusaba al gobernador de Córdoba, Eduardo Angeloz, y al dirigente radical Fernando De la Rúa, de “moderados”, según publicó en ese entonces el diario *Clarín* (*Clarín*, 14-02-93, pp. 8-9; *Clarín*, 27-05-93, p. 12) y de defender visiones que eran “desviaciones que desnaturalizan la esencia” del partido (*Clarín*, 03-06-92; 05-06-92). De la Rúa, por su parte, se quejaba, refiriéndose a Alfonsín, de lo que consideraba “una conducción centralista y personalizada que quiere hacerlo todo”, en referencia a Alfonsín (entrevista en *Clarín*, 07-05-93, p. 13), y pedía su renuncia a “presidir de nuevo el radicalismo” así como “una renovación de hombres y propuestas”<sup>4</sup> (entrevista en *Clarín*, 16-05-93, pp. 2-3). Como reconocería Casella, el radicalismo presentaba una “falta de homogeneidad” interna, exhibiendo “más de un foco de conducción” (*Clarín*, 26-07-93, p. 8). Pese a los reclamos de “unidad partidaria” de dirigentes como Rodolfo Terragno (*Clarín*, 07-03-93, p. 13; 02-05-93, p. 16; 08-05-93, p. 4), el problema, como señalará Storani, era la ausencia de un “líder” que pudiera “unificar y homogeneizar a todo el partido” (*Clarín*, 08-06-93, p. 14). De lo que se trataba, entonces, era de “evitar los liderazgos excluyentes”. En ese contexto, se enfatizaba que “Alfonsín se equivocó, porque no cumplió un rol unificador” (entrevista en *Clarín*, 12-05-93, p. 4), de modo tal que se debía “volver a la mística del (año) ’83, pero con un mensaje renovado y con figuras creíbles” (*Clarín*, 11-05-93, p. 6).

A pesar de estas diferencias, a partir de 1993 Alfonsín se acercó a Angeloz, a quien definía como “un buen administrador”, aunque, al mismo tiempo, se oponía enfáticamente a De la Rúa, por “razones de doctrina partidaria” (entrevista en *Clarín*, 30-05-93, p. 10). El expresidente buscaba una conducción partidaria “homogénea” para conformar un “proyecto alternativo al menemismo” (*Clarín*, 21-04-93, p. 8). Para ello, reclamaba realizar una “alianza” para “resistir el avance de la reacción” (*Clarín*, 05-06-92; *Clarín*, 09-06-92). Melchor Posse también insistía en la necesidad de constituir una alianza política “amplia”, que sirviera como “alternativa de poder” de cara a las elecciones presidenciales de 1995, contra los que se sentían “traicionados por el modelo menemista”. Sin embargo, se proponía lograrlo “a través de un programa de crecimiento industrial” (*Clarín*, 20-04-93, p. 10; *Clarín*, 22-05-93, p. 8), un elemento ausente en los discursos de De la Rúa y de Angeloz. Al igual que Alfonsín, Posse afirmaba que esta alianza “con los sectores agredidos por el ajuste” (*Clarín*, 21-04-93, p. 8) debía tener una “clara actitud opositora, no una que le sirva al menemismo o al *establishment*, por su actitud

<sup>4</sup> Una lógica similar seguía el discurso de Storani, quien pedía un “relevo generacional, de estilo y de método”, destacando que Alfonsín no tenía “aceptación social” en la “calle” (entrevista en *Clarín*, 08-05-93, p. 4, entrevista en *Clarín*, 12-05-93, p. 4). También Casella, quien afirmaba que “la relación de Alfonsín con la sociedad no se ha recompuesto después de 1989” (*Clarín*, 04-05-93, p. 8) y la delarruista Martha Mercader, quien afirmaba que “Alfonsín dejó de escuchar a la gente” (entrevista en *Clarín*, 05-05-93, p. 9).

dubitativa” (entrevista en *Clarín*, 08-05-93). A De la Rúa, por lo tanto, se le excluía, acusado de tener un proyecto “apoyado por el *establishment*”<sup>5</sup> (*Clarín*, 21-05-93, p. 9). En cuanto a la figura de Angeloz, rechazaría la invitación a formar un “frente antimene-mista”, porque en sus palabras: “por vocación, no soy anti-nada” (*Clarín*, 17-05-93, p. 9). En medio de dicha situación, propondrá, sin éxito, concertar una fórmula conjunta con De la Rúa en 1995, sin realizar elecciones internas, al tiempo que señalará, en relación al campo “progresista” de su partido, que “no me gusta este tipo de oposición” (*Clarín*, 20-05-93, p. 3).

En dicho contexto de difusión del poder bajo tres liderazgos políticos sin capacidad articuladora, y con importantes diferencias ideológicas, las elecciones internas abiertas dentro del partido se llevaron a cabo en mayo de 1993. En los resultados, Storani (delarruista) venció a Posse (alfonsinista) y fue elegido como candidato a diputado por Buenos Aires, mientras que Marta Mercader (delarruista) venció a Jesús Rodríguez (alfonsinista) para la elección de diputados de Capital. Pese a que la derrota del alfonsinismo no era del todo absoluta, pues Alfonsín triunfó en Buenos Aires sobre Casella y sobre De la Rúa en Capital, en las elecciones para presidente del partido (*Clarín*, 10-05-93; 11-05-93), esta elección sería interpretada por los principales dirigentes del partido como una señal de que se debía apoyar el régimen económico del menemismo y moderar aún más las críticas al modelo, pues el país, en palabras de Angeloz, quería “una oposición mucho más racional”<sup>6</sup> (*Clarín*, 11-05-1993, p. 2). Ello tendría importantes implicancias políticas a futuro.

### Las disputas internas dentro del justicialismo

Desde que se reinstauró la democracia, en 1983, en el Partido Justicialista (PJ) existía una disputa política e ideológica entre los sectores ortodoxos y los renovadores del partido (Aboy Carlés, 2001). A partir de la asunción de Menem, quien había vencido ajustadamente al candidato renovador, Antonio Cafiero, en las elecciones internas de julio de 1988, se produjo una nueva fragmentación dentro del partido, en la que resaltaría un conjunto de dirigentes políticos que sentían que Menem había abandonado la tradición del peronismo de posguerra y había “traicionado” sus banderas históricas al acoger el neoliberalismo. A raíz de este descontento, a fines de 1989, ocho diputados desencantados con el menemismo conformaron el llamado “Grupo de los Ocho”. Sin embargo, la fuerte derrota del sector peronista antimene-mista en las elecciones

<sup>5</sup> Jesús Rodríguez, en la misma línea, también destacaba que “el delarruismo no demuestra una oposición firme al proyecto hegemónico de Carlos Menem”, al no oponerse a la “concentración del poder económico”, que “es incompatible con el funcionamiento de la democracia”, y defendía la “unidad del partido, bajo el liderazgo de Alfonsín” (entrevista en *Clarín*, 05-05-93, p. 8).

<sup>6</sup> También se destacaba la derrota del “estilo” de “liderazgo absoluto” de “Alfonsín” y la búsqueda de un “nuevo estilo” (Casella y Mercader, *Clarín*, 11-05-93, p. 9).

legislativas de septiembre de 1991, donde se creía que el “pueblo” iba a “castigar” al menemismo por su “traición histórica” a la tradición peronista, terminaría por reducir la influencia de estos sectores radicalizados.

Hacia 1992, tras la derrota de los diputados “rebeldes” y su discurso nacional popular antimnemista, y junto al sector menemista, el cual asumía los principales ejes de la mixtura neoliberal-peronista de Menem, comenzaría a expandirse un discurso “pos-menemista”. En la etapa de sedimentación de la hegemonía neoliberal, este discurso se hacía presente en las alocuciones de los dirigentes Antonio Cafiero, José Octavio Bordón y Roberto Digón, junto a algunos gobernadores regionales, como Adolfo Rodríguez Saá y Ramón “Palito” Ortega, quienes criticaban algunos aspectos puntuales del menemismo. Sin embargo, lo hacían desde un discurso productivista nacional, en ocasiones mezclado con elementos sensibilistas en lo social y, en el caso de Bordón, eficientistas. En estos discursos, el núcleo medular no era cuestionado como tal, e incluso la estabilidad era apoyada explícitamente. En ese marco, las diatribas se concentraban en la crítica económica moderada, el rechazo a los costos sociales del ajuste y, en algunos casos, las prácticas institucionales de Menem. De este modo, se buscaba “emproljar” al menemismo, manteniendo estable los fundamentos de su modelo hegemónico, aunque sin la presencia de la figura presidencial (Fair, 2013).

### **Los discursos de los dirigentes políticos radicalizados ajenos al bipartidismo**

En algunos dirigentes de partidos de menor influencia política, social y electoral, alejados del bipartidismo, se presentaba una discursividad de reminiscencias nacional-populares. Este discurso se presentaba en algunos sectores radicalizados del Partido Intransigente (PI) (excluyendo a su titular, Oscar Alende) y en las alocuciones del dirigente socialista Héctor Polino. Además, desde una modulación nacionalista conservadora, se presentaba también en los discursos del teniente coronel Aldo Rico. Finalmente, en 1993 comenzaría a adquirir mayor relevancia en los medios masivos una serie de figuras con un discurso radicalizado, como el cineasta Fernando “Pino” Solanas y, desde un discurso más moderado, los dirigentes “progresistas” Carlos “Chacho” Álvarez y Graciela Fernández Meijide. A diferencia de las figuras centrales de la UCR y el PJ, estos actores colocaban el eje en una crítica más radical al modelo económico y social, aunque, en el caso de “Chacho” Álvarez y Fernández Meijide, las principales críticas se concentraban en elementos típicamente liberal-republicanos. En ambos casos, desde los inicios de 1993, comenzarían a referirse a la necesidad de articular una “alternativa” al modelo “conservador” y/o “neoliberal”, asociado al menemismo<sup>7</sup>.

<sup>7</sup> Héctor Polino (*Clarín*, 04-02-93, p.10) y, Carlos “Chacho” Álvarez (*Página 12*, 05-02-93, p. 5), Lucrecia Monteagudo, PI (*Clarín*, 31-05-93, p. 14).

## La conformación del Frente Grande como una alternativa “progresista” al menemismo

En abril de 1993, tras algunos encuentros informales (*Clarín*, 10-02-93; *Página 12*, 19-03-93, p. 10 y 06-04-94), un conjunto de dirigentes críticos, que se habían alejado del menemismo y se hallaban desencantados con el bipartidismo, liderados por Carlos “Chacho” Álvarez (Fredejesu), formarían un nuevo partido político: el Frente Grande (FG) (*Página 12*, 27-04-93, p. 7). La cómoda victoria del menemismo en las elecciones legislativas de 1991, para sorpresa de muchos, había mostrado a la dirigencia política un claro triunfo político y cultural del discurso y del proyecto de país que promovía el “menemato”. Dentro de ese marco, el FG articulaba desde dirigentes moderados del peronismo (el propio Álvarez), sectores radicalizados del partido Frente del Sur (Fernando Solanas), líderes vinculados a los Derechos Humanos (Graciela Fernández Meijide), la Democracia Cristiana (DC) (Carlos Auyero), hasta algunos dirigentes del PI<sup>8</sup>, e incluso del Partido Comunista (PC)<sup>9</sup> (*Clarín*, 05-05-93), y se constituyó mediante un discurso de rechazo irrestricto al menemismo.

Aunque el partido prometía como lema que “Otro país es posible” (*Clarín*, 02-07-94, p. 15), ya desde la conformación del FG, el nuevo partido centraría el eje de sus críticas en una ambigua mezcla de elementos liberal-republicanos, junto a ciertas críticas radicalizadas en el campo económico y social, pero que se mantenían en una lógica mayormente “defensiva”. Pese a que en su plenario inaugural planteaba una fuerte crítica al menemismo, afirmando que proponía “un país para el 20% de los argentinos” y que había regalado “una inmensa riqueza acumulada por el esfuerzo de varias generaciones de argentinos” (*Clarín*, 20-05-93, p. 14), la crítica al modelo económico quedaba reducida, de hecho, al rechazo a los “costos sociales” del ajuste y a la necesidad de realizar un “emprolijamiento” institucional y, en menor medida, económico. De este modo, si bien el FG se posicionaba como “una opción progresista” al “modelo menemista”, la propuesta concreta se centraba en “generar una práctica diferente de hacer política”, de modo tal de “responder a la corrupción, al abuso de poder y al intento de reducir la política al mero espectáculo televisivo”. Se trataba, en ese sentido, de “cambiar radicalmente las formas tradicionales de hacer y vivir la política”, reclamando “nuevas prácticas” y “transparencia democrática”, para “recuperar la política como un lugar de la gente”

<sup>8</sup> No así su líder histórico, Oscar Alende, que había moderado notablemente su discurso, con relación a sus alocuciones de finales de los años 80 (Fair, 2013).

<sup>9</sup> El socialismo rechazaría la invitación a sumarse al nuevo partido. También lo haría el Partido del Trabajo y el Pueblo, la Izquierda Nacional y el partido Peronistas al Frente, que acusaba a “Chacho” de “socialdemócrata” y proponía a Aldo Rico como candidato (*Página 12*, 06-04-93, p. 7). La izquierda dura también criticaba la “alianza sin propuestas claras” (Luis Zamora, Movimiento Socialista de los Trabajadores y Jorge Altamira, Partido Obrero, *Página 12*, 02-05-93, p. 16).

(“Por la construcción democrática del Frente Grande”, *Página 12*, 15-05-93, p. 5). En dicha situación, en ocasiones asumía una posición vinculada a un discurso típicamente neoliberal monetarista. La crítica, en ese sentido, se centraba en el “financiamiento” de las “campañas electorales”. Como alternativa, proponía la firma de un “pacto ético electoral”, que permitiera un “control” del “gasto político”, promoviendo una mayor “austeridad” (“El Frente Grande propone”, firmado por Chacho Álvarez, Aníbal Ibarra, Graciela Fernández Meijide y Aníbal Jozami, *Página 12*, 04-06-93, p. 7).

### **La creciente moderación ideológica del Frente Grande y la desarticulación de los dirigentes más radicalizados**

Como ha sido destacado (Abal Medina, 1998; Novaro y Palermo, 1998), el FG se conformó políticamente de un modo transversal, típico de los partidos “catch all”, para buscar adecuarse a la lógica de ampliación del público de los medios masivos. De esta forma, intentaba aglutinar a la mayor cantidad posible de sectores sociales, opuestos al estilo de liderazgo y las prácticas político-institucionales, así como a los efectos sociales regresivos y las “desprolijidades” del menemismo<sup>10</sup>. A partir de este modo de conformación de las identidades políticas, los principales referentes de la nueva alianza partidaria, liderados por Chacho Álvarez, asumieron un discurso moralista-republicano y neoinstitucionalista, que solo presentaba algunas críticas sensibilistas a los costos sociales del ajuste. De hecho, luego de la nueva victoria del discurso neoliberal del menemismo, en las elecciones legislativas de octubre de 1993, se profundizó la incorporación de elementos típicamente liberales. A mediados de 1994, el viraje hacia elementos típicos de esta formación sería bastante pronunciado. Como ejemplo de esta moderación discursiva, Álvarez rechazaba llevar a cabo una revisión de las privatizaciones (una de las principales políticas económicas del menemismo), ya que:

Tendría consecuencias económicas y sociales muy graves. Desde el punto de vista de la eficacia de nuestro Gobierno, y frente a los inversores, sería irresponsable. Si hubo fraude o delito en alguna de las transferencias a los privados, habrá que dejar actuar a la justicia, pero nunca con el objetivo de reestatizar. (*Página 12*, 12-06-94).

<sup>10</sup> Este discurso no era independiente de las demandas ciudadanas, que se concentraban en aspectos institucionales y, en menor medida, en los costos sociales de las reformas. Cabe destacar, en ese sentido, que, según una encuesta de la consultora Romer, en 1993, casi el 70% de los encuestados criticaba el presidencialismo argentino y reclamaba que el Ejecutivo compartiera el poder con el Congreso (*Clarín*, 08-02-93, p. 8). Por su parte, encuestas de Mora y Araujo, Zuleta, Equas e Ibope, indicaban la presencia de una importante “crítica social” al modelo y una “demanda ética” para “emprolijarlo”. No obstante, al mismo tiempo, la estabilidad era masivamente respaldada. Como lo resumirá Zuleta Puceiro: “la estabilidad es hoy un logro común a todos, como lo fue en su momento la restauración de la democracia” (*Clarín*, 16-07-93, p. 14).

En ese contexto, continuará afirmando que “nuestro eje central es establecer controles sobre el manejo de esos servicios públicos”. Del mismo modo, Carlos Auyero, ex dirigente de la DC, y luego uno de los fundadores del Frente del País Solidario (Frepaaso), expresaba “opino exactamente igual que Chacho. Nosotros tenemos que preocuparnos por establecer organismos de control en serio, hay mucho por controlar” (*Página 12*, 12-06-94).

Si, por un lado, teníamos el campo moderado, con relación al modelo económico y social del menemismo, por el otro, desde antes de la formación del FG, se hallaba el sector más “duro” o radicalizado respecto al modelo hegemónico. Como vimos, allí se destacaban los casos del dirigente socialista Héctor Polino y del entonces líder de Frente del Sur, Fernando Solanas<sup>11</sup>. Cada uno de ellos asumía la necesidad de edificar una alternativa al modelo. En ese sentido, Polino proponía desarrollar “un programa alternativo al modelo menemista”, mientras que “Pino” Solanas destacaba la necesidad de oponerse a las opciones existentes en el bipartidismo nacional para “construir una alternativa distinta, opositora al actual sistema liberal conservador, del que no se diferencian los dos grandes partidos: el justicialismo, con el ajuste salvaje, y el radicalismo, a favor del ajuste prolijo, pero ajuste al fin” (entrevista en *Clarín*, 01-06-92). Desde su discurso verbal, ambos partidos mayoritarios habían conformado una especie de corporación neoliberal, con un marcado vaciamiento de las ideas (Pucciarelli, 2002). Como lo resumiría el propio Solanas:

Los dos partidos tradicionales expresan hoy a la Revolución Francesa, pero al revés. Los jacobinos son los fanáticos del ajuste, representados por el justicialismo y sus aliados liberales y conservadores. En cambio, los radicales son los girondinos, los que están con las instituciones y el ajuste prolijo (*Clarín*, 01-06-92).

En cuanto al dirigente socialista, este mantenía sus diferencias políticas con los sectores “moderados”, sobre todo en torno al tema de las privatizaciones. Si bien no exigía una devaluación monetaria, criticaba la creciente “moderación” discursiva de “Chacho”, que veía las privatizaciones como un “hecho consumado” y se posicionaba hacia el mero “control” y eficientización de las reformas, a partir del “acento” en la creación de “marcos regulatorios” y el eje en la “seguridad jurídica” (*Página 12*, “Cash”, 10-07-94). A diferencia de la “moderación” de sectores del FG, liderados por Álvarez, la crítica de estos dirigentes se centraba en un rechazo, pero, a su vez, en la necesidad política de constituir, al menos en parte, una alternativa al “modelo menemista”. Este modelo era asociado al “ajuste” neoliberal y neoconservador, y ya no solo a un estilo de liderazgo y unas prácticas institucionales desprolijas, o a la incorporación de algunos elementos adicionales

---

<sup>11</sup> Formaban parte de este partido algunos dirigentes disidentes del Partido Comunista, la Democracia Cristiana y sectores independientes.

tendientes a mejorar el neoliberalismo mediante un “ajuste prolijo”. En palabras de Laclau y Mouffe (1987, pp. 235-236), se trataba de desarrollar una “positividad” propositiva en el campo económico, que fuera más allá de la “estrategia de oposición”, con eje en la crítica del funcionamiento institucional (ineficiencia de las reformas) y el rechazo a los efectos sociales regresivos del modelo (pobreza, desigualdad, desocupación). Este discurso, habitual en los dirigentes del bipartidismo, solo presentaba, como elemento de construcción alternativa, un emprolijamiento institucional-republicano (reglas claras o seguridad jurídica, honestidad, ética, moral, división de poderes) y económico (más producción, o bien más eficiencia en el gasto público), manteniendo sin cambios la no cuestionada estabilidad y convertibilidad.

“Pino” Solanas, líder de la fracción “radicalizada”, proponía “rever” las “privatizaciones”, e incluso, se animaba a referirse a la idea de “re-estatizar” algunas empresas (en especial la petrolera de YPF y la ex telefónica de ENTEL), “mostrando una alternativa verosímil al actual modelo de exclusión” (*Página 12*, 10-07-94). Polino lo acompañaba en la crítica radicalizada. Por otro lado, los dirigentes “moderados”, que luego formarían parte del Frepaso, principalmente Auyero y Álvarez, se oponían terminantemente. En ese marco, Chacho señalaba que el eje de las políticas públicas debía centrarse en “establecer los controles sobre el manejo de los servicios públicos”. Auyero coincidía en la necesidad de “establecer organismos que controlen en serio” las reformas, destacando que “hay mucho para controlar” (*Página 12*, 12-06-94, p. 8). Debemos tener en cuenta, en ese sentido, que ya en abril de 1994, Chacho Álvarez había declarado a la prensa que “la estabilidad es algo que no debe discutirse” y que “no puede volverse atrás con las privatizaciones”<sup>12</sup> (Abal Medina, 1998).

Tras acusar a Solanas de “colocarse en el borde, tirando piedras” (*Página 12*, 04-08-94), rechazaba la idea de que en caso de llegar al Gobierno iba a “reestatizar todas las empresas privatizadas” o a “desconocer la deuda externa”. En efecto, para “Chacho”, quien cada vez defendía un discurso más cercano a la formación neoliberal, el programa político del cineasta había quedado en un “pasado” de “hace medio siglo”, frente a “una nueva realidad a la que deberemos movernos, y que es muy distinta a la de hace medio siglo, cuando tenía sentido hablar de un desarrollo nacionalista o socialista, a partir del Estado” (*Página 12*, 10-07-94).

Aunque exigía “controlar las privatizaciones”, además de modificar las “irracionalidades”, tales como la “apertura indiscriminada” y los “impuestos regresivos”, agregaba que las nuevas circunstancias mundiales “significan, de todos modos, aceptar las reglas

---

<sup>12</sup> También Storani afirmaba: “no creo que el plan Cavallo esté agotado, ni que se haya quedado sin recursos, pero la estabilidad no alcanza”, aunque lo vinculaba, como en 1993, a la adición de elementos tendientes a promover un mayor “desarrollo del país” (*Página 12*, 19-06-94, p. 7).

de juego y negociar dentro de las relaciones de fuerza” (*Página 12*, 10-07-94). Solanas, en cambio, lejos de aceptar las “reglas de juego”, destacaba la necesidad de construir una “acumulación de fuerzas capaz de romper con las reglas de juego que impusieron, como *corset* de hierro, los grandes grupos económicos que hoy condicionan la vida y el futuro de los argentinos” (*Página 12*, 10-07-94). A su vez, en un nuevo rechazo al discurso institucionalista de Álvarez con relación al tema de las privatizaciones, señalaba que “no se debe considerar irreversible que numerosos bienes públicos se hayan traspasado a manos privadas, erosionando el tejido ético nacional con delitos jamás vistos antes”. En una nueva réplica al sector “moderado”, el dirigente de la izquierda nacional concluía, entonces, que el Frente Grande debía “ser una alternativa serena, y no la continuidad tímida de lo anterior” (*Página 12*, 10-07-94).

En medio de crecientes disputas internas frente a la moderación ideológica de sus principales exponentes, que ya a mediados de 1993 habían generado la huida de sectores radicalizados<sup>13</sup>, en junio de 1994, Solanas junto con el PC concluyeron por renunciar al Frente Grande, criticando la “claudicación ideológica” del partido (*Página 12*, 29-06-94). El resultado de esta deposición sería, a partir de entonces, una nueva modificación identitaria, que fortalecería el discurso fuertemente neoinstitucionalista y republicano. Desde este discurso, el rechazo a la hegemonía menemista se limitaba a una oposición mayoritaria a la figura de Menem y a sus “desprolijidades” institucionales, complementada con una crítica puntual a los problemas de instrumentación de las reformas y a los efectos sociales regresivos del modelo (Fair, 2013). Dentro de este escenario, que se adecuaba plenamente a la lógica mediática de identidades lábiles (Corral, 2007), la hegemonía neoliberal, que asociaba orgánicamente la estabilidad, la convertibilidad, el consenso sobre la no devaluación y las reformas neoliberales, quedaba fuera del debate público. Así, al consentir el núcleo medular como un asunto incuestionable, se imposibilitaba construir un proyecto político alternativo, más allá de las críticas puntuales a las reformas y sus efectos regresivos.

### **La divisoria de aguas del Pacto de Olivos**

Además de las divergencias entre moderados y radicalizados con respecto al modelo económico, una de las causas principales que explican el éxito de la hegemonía menemista —así como la imposibilidad de conformar un frente o alianza programática alternativa en el arco político-partidario de las fuerzas de oposición— se halla en un acontecimiento histórico que resultaría crucial para entender el posterior éxito político y electoral de

<sup>13</sup> Entre ellos, el ex diputado del Grupo de los 8, Moisés Fontela, quien abandonaría el Frente Grande por la moderación ideológica del partido, para formar el Frente Nacional Popular y Democrático, en alianza con Jorge Spilimbergo (*La Nación*, 01-06-93, p. 5).

Menem durante las elecciones de 1995: la firma del Pacto de Olivos. Desde antes de la cómoda victoria electoral de octubre de 1993, en el menemismo ya calaba la idea de modificar la Constitución Nacional, con el objeto de permitir un tercer mandato consecutivo del Presidente. El artículo 90 de la Carta Magna y la cláusula novena impedían, por ese entonces, cumplir el sueño presidencial de estar más tiempo en el poder que el mismísimo Juan Perón. Con este objetivo, Menem propuso llamar a un plebiscito popular para reformar la Constitución (*Clarín*, 07-06-93). Frente al peligro de que se aprobase el plebiscito y se legitimara rotundamente la imagen del presidente en la sociedad<sup>14</sup>, y tras la ratificación masiva del proyecto menemista en las elecciones de octubre, Alfonsín se acercó al menemismo con la propuesta de iniciar una etapa de “diálogo” y “debate” (Grippe, 2003). Bajo estas circunstancias, en noviembre de ese mismo año se produjo una reunión secreta entre Alfonsín y Menem en la residencia del primer mandatario, en Olivos, la cual modificaría el curso histórico de los acontecimientos. El resultado del encuentro fue la firma, a mediados del mes siguiente, del llamado Pacto de Olivos (por el lugar donde se realizó la reunión), que, con acuerdo de la Convención Nacional radical, dio lugar a un núcleo de coincidencias básicas como condiciones para la reforma constitucional, la cual sería aprobada por la asamblea constituyente en abril de 1994 (De Riz, 1998, p. 492). El acuerdo garantizaba a la oposición la incorporación de ciertas políticas que limitaban el poder presidencial y ampliaban los mecanismos de participación y control republicanos, a cambio de que se permitiese la reforma de la Constitución<sup>15</sup>.

<sup>14</sup> En efecto, las encuestas de la época indicaban un importante apoyo a la reforma y la reelección presidencial. Así, una encuesta de Hugo Haime, de mayo de ese año, destacaba que un 85% de la población afirmaba que era necesaria la reforma de la Constitución y sólo un 19% se oponía, mientras que el plebiscito contaba con un apoyo del 85% y un 48% respaldaba la modificación de la cláusula a favor de que el Presidente pudiera postularse a una segunda elección, contra un 38% que se oponía. A su vez, un 56% apoyaba la reelección de Menem, contra un 40% que la rechazaba (*Clarín*, 23-05-93, p. 6). En ese marco, Angeloz planteaba “el problema de que Menem saque 60% de los votos en el plebiscito” (*Clarín*, 08-06-93, p. 12), lo que implicaba para el radicalismo quedarse “sin el pan y sin la torta”.

<sup>15</sup> Entre los aspectos más relevantes del acuerdo se destacan: 1) el aumento del número de senadores por provincia de dos o tres integrantes y la elección directa de los mismos, a partir del 2001, mediante sistema de lista incompleta; 2) la modificación del sistema electoral para la elección del presidente y vicepresidente, con la introducción del balotaje o segunda vuelta, en caso de que ninguno de los candidatos obtuviera más del 45% de los votos o del 40% con diferencia mayor al 10%, en relación al segundo candidato más votado; 3) la eliminación del Colegio Electoral; 4) la introducción de la figura del jefe de gabinete para contrapesar el poder presidencial; 5) el acortamiento del mandato presidencial a un período de cuatro años y la incorporación de la cláusula de reelección por un lapso consecutivo; 6) la reglamentación (postergada indefinidamente) de la utilización de las atribuciones legislativas por parte del Ejecutivo, así como el control bicameral de la Legislatura, y 7) la conformación del Consejo de la Magistratura para establecer un nuevo mecanismo de selección más democrática de los jueces (Baldioli y Leiras, 2010, p. 60).

Al menos en su proyecto original, lo que se buscaba era atenuar la tradición nacional de “hiperpresidencialismo”. Junto a ello, se le posibilitaba a Menem postularse por un nuevo mandato presidencial en las elecciones de mayo de 1995<sup>16</sup>.

### **El impacto del acuerdo interpartidario en las identidades y posicionamientos de los actores políticos clave**

Como destacan Laclau y Mouffe (1987, pp. 142-143), todo proceso de “articulación” genera una transformación identitaria como resultado de la propia práctica articuladora. En ese sentido, ¿qué cambios produjo el Pacto de Olivos en las identidades y posicionamientos político-discursivos de los actores clave? En primer lugar, promovió un cambio de registro en el discurso de Menem, que redujo su confrontación difusa con la UCR y pasó a destacar la importancia de la alianza con el radicalismo en la lucha por la “reconciliación” de las diferencias históricas entre el peronismo y el radicalismo (Canelo, 2002).

En ese contexto, la legitimación del acuerdo interpartidario se concentraría, como en los discursos del periodo de pre-sedimentación discursiva, en la idea de fomentar la “reconciliación” social, en este caso, entre las fuerzas políticas tradicionalmente enfrentadas entre sí. Así, si el indulto y la expatriación de los restos de Rosas habían contribuido a la necesaria “reconciliación” y “pacificación” nacional y, por lo tanto, al fin de los conflictos y antagonismos, y el “abrazo” entre “Perón y Balbín” había procurado “llegar a un entendimiento” entre “peronistas y radicales”, el “diálogo” y el “entendimiento” con el “radicalismo” seguían la misma lógica de eliminación de las “antinomias”, los “enfrentamientos” y las “frustraciones” históricas, “clausurando”, aunque esta vez en la “clase política”, una “triste etapa” del pasado, para “llevar a cabo tareas compartidas” y promover la “pacificación”: una “Argentina grande” con un “pueblo feliz”<sup>17</sup>.

En segundo término, el acuerdo produjo un cambio en el discurso de Alfonsín, quien no pudo sostener sus (hasta entonces) fuertes críticas al menemismo en el campo político-institucional y social, críticas que, como hemos señalado, se hallaban en una posición radicalizada dentro de su partido. En efecto, el menemismo representaba el “exterior constitutivo” del discurso de Alfonsín. Incluso, el ex-presidente se había opuesto en reiteradas ocasiones a la reforma constitucional con reelección, siendo uno

<sup>16</sup> Además de estas modificaciones, la reforma de la Constitución estableció también la elección directa del intendente (ahora llamado jefe de Gobierno), la autonomía de la Ciudad de Buenos Aires, el derecho constitucional a réplica y a la resistencia a actos de fuerza contra la democracia (*Página 12*, 23-08-94). Para un análisis detallado de las características y los debates generados por la reforma constitucional de 1994, véase Castiglioni (1995).

<sup>17</sup> Carlos Menem, Discursos oficiales del 15 de noviembre de 1993, p. 128; 23 de noviembre de 1993, p. 164, y el 29 de diciembre de 1993, p. 277. Para más detalle, véase Fair (2012).

de los más firmes opositores al proyecto<sup>18</sup>. En ese marco, al mantenerse “invariante” (Sigal y Verón, 2003) la estrategia discursiva “reconciliadora”, el Presidente lograría conservar el respaldo social. En cambio, así como el dirigente radical había resultado deslegitimado por haber “pactado” las leyes de obediencia debida y punto final con los sectores militares en 1987, ahora lo haría por “pactar” con el menemismo, olvidando su discurso de oposición “ética” al “neoconservadurismo” menemista.

En tercer lugar, este hecho tuvo un impacto significativo sobre una parte de la ciudadanía, en particular en sectores de origen radical, que comenzaron a descreer en la palabra política de Alfonsín. Este rechazo también repercutió en el partido radical, del que Alfonsín era hasta entonces una de sus principales y más admiradas figuras. Finalmente, tuvo un impacto considerable en el propio partido, que perdió su posición como partido antimnemista, al ser “absorbido” discursivamente por el Gobierno, tal como lo reconocería Storani en una entrevista<sup>19</sup>. Al mismo tiempo, modificó los posicionamientos de los dirigentes político-institucionales del centenario partido y del Frente Grande, que se negaron a incluir a Alfonsín dentro de una posible convergencia multipartidaria<sup>20</sup>.

<sup>18</sup> Alfonsín rechazaba la reforma constitucional con reelección y destacaba que “desvirtúa la democracia de los argentinos” (*Clarín*, 05-09-93), genera un “enrrecimiento del marco jurídico y político del país” y promueve la “inseguridad jurídica” (*Clarín*, 02-09-93; *Clarín*, 09-09-93). En ese marco, la reforma era un “engendro espantoso”, con tendencias a “concentrar” el “poder personal” (*Clarín*, 31-10-93), o bien “un nuevo atropello” que “deforma” y “desvirtúa” la “democracia” (*Clarín*, 15-10-93 y 25-10-93). Según Alfonsín, con la reforma “podríamos seguir un camino parecido al del (Dictador) paraguayo Alfredo Stroessner” (*Clarín*, 24-06-93, p. 10), avasallando “el Poder Judicial y el Congreso”, lo que podía llevar a instituir una democracia “deforme” y “desviada” (*Clarín*, 07-07-93, p. 16). Además, el dirigente radical destacaba la necesidad de reducir los poderes del “hiperpresidencialismo”, rechazando “consagrar institucionalmente la decretomanía de este Gobierno” (*Clarín*, 05-07-93, p. 3). También rechazaba el “delirio reeleccionista” (*Clarín*, 02-05-93, p. 16), para concluir, taxativo, que “solamente locos podríamos facilitar la reelección. Locos o irresponsables” (entrevista en *Clarín*, 14-02-93, pp. 8-9). No obstante, un tiempo después de realizado el “Pacto”, lo definiría, en cambio, como un “triumfo” (*Página 12*, 23-08-94).

<sup>19</sup> “Con el viraje de 180 grados, el radicalismo cayó en el doble discurso y empeñó su credibilidad. Si el objetivo central de la reforma constitucional era el control y el equilibrio del poder, e impedir la concentración autoritaria y hegemónica de Menem, vamos en sentido contrario. Fuimos absorbidos por el poder” (Storani, *Clarín*, 09-12-93).

<sup>20</sup> En el caso de la UCR, el pacto produciría nuevas posiciones discursivas entre los “pro-pactistas” (Alfonsín, Angeloz y Massaccesi) y los “antipactistas” o “Grupo de los 44” (De la Rúa, Storani y Casella), quienes se opusieron a la figura de Alfonsín y al Pacto (*Página 12*, 15-04-94; Entrevista a De la Rúa, en *Página 12*, 11-04-94, entrevista a Massaccesi, *Página 12*, 01-06-94, p. 7, *Página 12*, 26-06-94). En cuanto al FG, Alfonsín recibiría fuertes críticas por parte de dirigentes como “Chacho” Álvarez, debido a su “falta de credibilidad” (*Página 12*, 12-07-94; *Página 12*, 28-08-94). En efecto, según Álvarez: “todo lo que aparezca girando en torno al expresidente (Raúl Alfonsín) está condenado por la sociedad”. En ese marco, rechazaba la posibilidad de “incorporar el desprestigio político de Alfonsín a esta posible convergencia de Bordón y Storani”, debido a la “profunda crisis

Debemos tener en cuenta, en ese sentido, que hasta la firma del pacto, el radicalismo se mantenía como un discurso de estricta oposición (predominantemente institucional) al menemismo. En los términos de la teoría de la hegemonía de Laclau y Mouffe (1987), se ubicaba en una cadena externa de equivalencias que antagonizaba políticamente con el discurso menemista. No obstante, a partir del acuerdo y la posibilidad de reformar la Constitución para permitir la reelección, el discurso radical, en particular el más crítico, que provenía justamente de las fuerzas del alfonsinismo, perdió credibilidad para posicionarse como antagónico al menemismo. En ese contexto, gran parte de los votos de oposición fueron “absorbidos” por el menemismo y por el propio FG, tal como se observaría poco después en la disputa electoral (Fidanza, 1998). Precisamente, como una prueba material de esta fuerte deslegitimación social, en las elecciones para constituyentes, realizadas el 10 de abril de 1994, y tal como temía Storani, la UCR alcanzó su peor registro en cien años<sup>21</sup>.

### **La conformación del Frepaso y el triunfo de la visión de crítica moderada al modelo económico y social y de “emprolijamiento” institucional de la hegemonía**

Mientras la UCR perdía gran parte del apoyo social y resquebrajaba su propia identidad política, el Frente Grande lograba absorber una porción del descontento con el radicalismo, lo que le permitió obtener un cómodo tercer puesto en la contienda electoral. Sin embargo, lejos de radicalizar posiciones, la salida del dirigente Solanas acrecentaría la estrategia de moderación ideológica frente al modelo económico y el eje en torno al “emprolijamiento” ético-institucional. En ese marco, el 23 de septiembre de 1994, tras una serie de reuniones entre los dirigentes centrales del “posmenemismo” (Álvarez, Bordón, Storani), se produjo un segundo acontecimiento clave en este proceso institucional, en el momento en el que Bordón formalizaría su alejamiento del justicialismo para constituir su propio partido, denominado Política Abierta para la Integridad Social (PAÍS).

En el mes de diciembre de 1994, Bordón realizaría una alianza política con “Chacho” Álvarez, la DC, la Unidad Socialista y, unos meses después, se sumarían algunos dirigentes de menor influencia, encabezados por el ex radical Carlos Raimundi, en una nueva fuerza político-partidaria más amplia que reemplazaba al FG y que tomaría el nombre de Frente del País Solidario (Frepaso). Sin embargo, esta nueva articulación “profesional electoral” (Alcántara Sáez, 2004) se realizó a costa de moderar aún más su discurso centrado en la crítica republicana y moral. En el marco de críticas por parte de

---

de credibilidad política” del expresidente, y afirmando que “es descabellado pensar que se pueda articular una solución progresista en la Argentina con Raúl Alfonsín, después del Pacto de Olivos” (Página 12, 13-07-94).

<sup>21</sup> El 10 de abril de 1994 se realizaron las elecciones para constituyentes. Mientras que el PJ obtuvo el 37,74% de los votos y la UCR el 19,79%, el Frente Grande alcanzó un 12,70% de los sufragios (La Nación, 12-04-94).

Solanas a la “organización del partido” por “dejar de lado a agrupaciones que ayudaron a fundarlo” (*Página 12*, 19-08-94), los sectores más radicalizados, liderados por “Pino” Solanas, terminaron abandonando el partido para formar uno nuevo: la Alianza Sur.

### **Los excluidos del modelo y la imposibilidad de constituir una hegemonía alternativa**

Hemos visto los posicionamientos político-institucionales de los dirigentes de las principales fuerzas partidarias de oposición, pero ¿qué ocurriría con los sectores no partidarios que no formaban parte de la coalición de apoyo? ¿Lograrían conformar una hegemonía alternativa? El primer elemento a destacar es que, hacia finales de 1993, se produjo un incremento relativo de las protestas y movilizaciones sociales contra diversos aspectos del modelo económico. Ello contrastaba con el periodo 1991-1993, y lo acercaba a la etapa más belicosa de 1989-1991<sup>22</sup>. En esta fase debemos mencionar los fenómenos del “Santiagoñazo”, protesta regional de diciembre de 1993, en Santiago del Estero (*Clarín y Página 12*, 17-12-93) y la Marcha Federal, de julio de 1994 (*Ámbito Financiero, Clarín y Página 12*, 04-07-94 al 07-07-94). Además, en febrero de ese mismo año, se produjo una fractura interna dentro de la CGT oficial, con el surgimiento del MTA, que lanzó fuertes críticas contra el modelo económico<sup>23</sup> y que, en contraste con las amenazas disuasivas del año anterior, que concluían en truncar toda posibilidad de realizar un paro nacional, lideró una huelga general, en agosto de 1994, contra el proyecto menemista<sup>24</sup>.

<sup>22</sup> En contraste con los dos primeros años, cuando los conflictos se habían incrementado sensiblemente (Gómez, Zeller y Palacios, 1996; Bonanotte, 1996), la cantidad promedio de conflictos mensuales durante los dos primeros años de la convertibilidad, decreció un 12,5%, con respecto al promedio de los 19 meses previos a la vigencia del plan. Las medidas de acción directa, que muestran el grado de combatividad sindical, se redujeron un 22% y, para el año 1993, alcanzaron una disminución del 31%, con relación al período de preconvertibilidad. Además, los conflictos con medidas de fuerza disminuyeron de un 50% a un 32%, en el mismo periodo. Los conflictos “defensivos”, en respuesta a la eliminación de fuentes de trabajo, suspensiones, despidos o atrasos en el pago salarial, también tuvieron una merma importante durante 1993 (Gómez, Zeller y Palacios, 1996, pp. 253, 260). Estas cifras se revirtieron parcialmente a partir de 1994, aunque en esos años no hubo un cuestionamiento directo de los ejes principales del Plan de Convertibilidad (Bonanotte, 1996). En este sentido, se ha afirmado que, a excepción parcial del sector público y de servicios, el Régimen de Convertibilidad se convirtió, durante el periodo 1991-1995, en el “gran símbolo político ordenador de comportamientos sociales” (Gómez, Zeller y Palacios, 1996, pp. 249, 260).

<sup>23</sup> A partir de la salida del transportista Juan Manuel Palacios (UTA) de la CGT oficial, en febrero de 1994 se conformó el Movimiento de Trabajadores Argentinos (MTA) (*Página 12*, 28-01-94 y 03-02-94). Esta central “disidente”, que logró reunir a 35 gremios nacionales, en marzo de ese mismo año (Fernández, 1995, p. 220), se hallaba liderada por los gremios de camioneros, colectiveros, aeronavegantes, músicos y embarcadores, conformando, junto a Ubaldini, el ala “rebelde” de la CGT.

<sup>24</sup> El paro sindical sería ilegalizado por el Gobierno, debido a que tenía aspiraciones “políticas”. Frente a las afirmaciones del sindicalista menemista Antonio Cassia (al frente de la CGT) acerca

Finalmente, en el contexto de profundización del neoliberalismo, se radicalizaron, a su vez, los discursos antimememistas de los principales afectados: los gremios estatales de la Central de Trabajadores Argentinos (CTA)<sup>25</sup>. No obstante, en todos los casos, prevaleció una estrategia “defensiva”, en la que los “perdedores” del modelo no lograron articularse políticamente con la dirigencia gremial de la CGT disidente, la cual prefería negociar con el Gobierno en lugar de oponerse de una manera tajante e irrestricta. La misma lógica sería compartida por otros actores políticos críticos del menemismo.

A pesar del incremento de las protestas sociales promovidas por los excluidos del modelo, la hegemonía menemista se mantuvo estable y no surgieron proyectos alternativos concretos. ¿Cómo se explica esta imposibilidad de construir una contrahegemonía que articulara a estos sectores? En primer lugar, con relación a las protestas emergentes, debemos considerar que construían demandas mayormente diferenciales y no antagónicas al modelo económico. En efecto, el contenido de las demandas de las protestas regionales, que se extenderían entre fines de 1993 y la primera mitad de 1994, se centraba en la oposición local a la corrupción de la “clase política” y a las políticas puntuales de reducción del gasto público<sup>26</sup>, con la positividad limitada a la defensa del pago de salarios adeudados. En dicho marco, prevalecía una estrategia “defensiva” y particularista de aceptación de hecho de los ejes centrales de la hegemonía menemista, por encima de la capacidad de construir una alternativa más amplia y englobadora contra el modelo, condición de base para articular una hegemonía exitosa (Laclau y Mouffe, 1987, pp. 235-236).

En el caso del Santiagueño, esta forma de presentación de las demandas, concentradas en un discurso confinado al ámbito netamente “local” o particularista y “restaurador” del orden vigente, permitió que fueran desactivadas al poco tiempo por las mejoras en los salarios y la intervención federal del Gobierno (Delamata, 2003, 2004; Farinetti, 2005). Del mismo modo, la Marcha Federal, acusada por Menem de representar “una protesta que se inscribe en la iniciación de una campaña política para (las elecciones a realizarse en) el año 95” (*Clarín*, 05-07-94), se limitó a una protesta momentánea, sin grandes consecuencias políticas. Además, si analizamos la forma organizativa de las

---

de que “todo seguirá igual” (*Página 12*, 02-08-94), Palacios afirmaría: “esta CGT no sirve para nada, porque es totalmente oficialista” (*Página 12*, 10-08-94).

<sup>25</sup> Sobre la oposición a las políticas neoliberales por parte de los trabajadores del Estado, véanse Gurrera (2002), Armelino (2005) y Svampa (2005).

<sup>26</sup> Hasta 1993, el Gobierno central había pospuesto la realización de ajustes fiscales en el sector público de las provincias más industrializadas para mantener el respaldo político de los gobernadores regionales. Para ello, se había incrementado el gasto público social en algunas áreas y también la coparticipación de ingresos hacia las provincias más pobres (véase Delamata, 2003). Se ha destacado que esta estrategia impidió la confrontación de los gobernadores radicales críticos, liderados por Massaccesi, Castillo, De Zavalía y Maestro, quienes no se enfrentaban directamente para obtener fondos coparticipables (Grippio, 2003, p. 9).

protestas, que se extendieron por diversas provincias del país, en la segunda mitad de 1994, podemos comprobar que se expresaban bajo la forma de “estallidos” inorgánicos, con poca intensidad temporal<sup>27</sup> y organización política, lo que permitió que fueran más fácilmente desactivadas por los poderes locales<sup>28</sup>.

### **Los posicionamientos políticos de los principales actores organizacionales de la hegemonía menemista: el apoyo compartido al núcleo nodal del modelo**

Pero más allá de estas protestas inorgánicas y particularistas, ¿qué acontecía con los principales representantes de las organizaciones políticas y sociales? En primer lugar, debemos destacar que las corporaciones empresariales y los dirigentes de la CGT no se plegaron activamente a la mayoría de los reclamos. De hecho, la central sindical, liderada ahora por el menemista Antonio Cassia (SUPE), quien reemplazaba de Naldo Brunelli, mantuvo un apoyo explícito al modelo económico y al Gobierno, y redujo el grado de oposición ambigua que mantenía el exdirigente de la UOM (Fair, 2013). En ese marco, las movilizaciones opositoras se centraron en los gremios de la CTA y sindicatos del sector de servicios, aunque mantuvieron una lógica “defensiva” (Gómez, Zéller y Palacios, 1996), por lo que no se planteó una estrategia alternativa que fuera más allá de las críticas negativizadas<sup>29</sup>.

Para entender esta imposibilidad de construir una coalición antimnemista, debemos tener en cuenta que, hacia 1994, todos los sectores sociales —incluido el propio Gobierno, el cual prometía que “la paridad cambiaría seguirá por 100 años” (*Página 12*, 25-06-94, p. 11)— continuaban manteniendo un respaldo explícito o implícito al núcleo medular del modelo. Las prácticas sociales e institucionales coincidían con los discursos verbales, en el momento en que la CGT, la UOM y la estructura del PJ adherían a la lógica de negociar políticamente con el Gobierno para moderar los costos de las

<sup>27</sup> En efecto, los estallidos regionales se limitaron a unos pocos días en diciembre de 1993, en Santiago del Estero (*Clarín*, 17-12-93 y ss.) y luego se extendieron a algunas provincias (Jujuy, San Juan, Córdoba, Río Negro), con similares características (Delamata, 2003). En cuanto a la Marcha Federal, solo se extendió por 72 horas (*Clarín*, 04-07-94 al 08-07-94).

<sup>28</sup> Respecto a las características que adquirieron los “estallidos” provinciales de 1993 y 1994, véanse Delamata (2003, 2004) y Farinetti (2005).

<sup>29</sup> Así, pese a que la conflictividad de los sectores de servicios se incrementó, los conflictos industriales perdieron intensidad, principalmente desde 1993, mientras que los sindicales cegetistas se redujeron al mínimo (Fernández, 1995, pp. 255-256, 268). En efecto, en 1994, el 62% del total de los conflictos provenía de sectores estatales, contra solo un 21% de industriales y un 2% de la CGT (*Clarín*, 13-01-95). Por otra parte, a pesar del incremento de los conflictos directos, desde 1994 la creciente dispersión salarial en el sector público les impidió alcanzar el nivel que tenían antes de la implantación del Plan de Convertibilidad (Fernández, 1995, pp. 269-270).

reformas sobre los trabajadores y obtener compensaciones a cambio<sup>30</sup>. Así, mientras que la CGT oficial continuaba con su lógica empresarial y su discurso pro-menemista, tanto el MTA como la UOM no se situaban en la “vereda de enfrente” del Gobierno, sino que planteaban con mayor dureza sus críticas, para luego negociar concesiones discursivas y concluir apoyándolas, ahora en su versión “matizada”. De esta forma, al no tomar una posición antagónica del menemismo, aquellos trabajadores industriales que pretendían movilizarse contra el modelo quedaban “descabezados”<sup>31</sup>. En cuanto al sector empresarial, el Gobierno respondía a las políticas neoliberales que reclamaban sus organizaciones y referentes, un proceso que se potenciaría con la reducción global de los aportes patronales<sup>32</sup>. Finalmente, con relación a los economistas ortodoxos, sus principales referentes apoyaban explícitamente el núcleo nodal del modelo<sup>33</sup>.

Como una prueba de que la hegemonía neoliberal menemista se mantenía en pie, hacia mediados de 1994, el modelo del Gobierno continuaba gozando de un apoyo firme por parte de los sectores financieros locales e internacionales (Adeba, 1994), los cuales, entre otros beneficios materiales, habían logrado una participación económica en el negocio de la jubilación privada (*Página 12*, 31-05-94, p. 12).

<sup>30</sup> La mayoría de los gobernadores apoyaban el modelo menemista, que era considerado por el Gobernador de Entre Ríos como “un modelo exitoso”, ya que “nunca hubo tanto crecimiento, ni tanta inversión pública (Mario Moine, *Página 12*, 30-06-94, p. 8). En el caso de Duhalde (Buenos Aires) y Reutemann (Santa Fe), se buscaba darle mayor contenido “social” al modelo, sin criticar los fundamentos del plan económico (*Página 12*, 13-05-93, p. 13 y 16-06-94, p. 5), e incluso, apoyando la reelección de Menem (*Página 12*, 05-06-94, p. 6). Otros, como Kirchner (Santa Cruz), Gabrielli (Mendoza) y Marín (La Pampa), presentaban críticas puntuales (*Página 12*, 12-06-94, p. 7, 15-06-94 y 30-06-94, p. 8).

<sup>31</sup> Como lo sintetizaría Brunelli, de regreso en la UOM, “la verdad es que es complicada la situación de la CGT, porque de pronto dicen vaya y haga un paro y uno se da vuelta y está solo” (*Página 12*, 12-07-94, p. 4). De ahí que en una protesta social, en la que demandaban mayor trabajo, los manifestantes también criticaran al titular de la UOM, Lorenzo Miguel, que “traicionó” a “las bases”, y de quien decían: “ahora está jugando al golf con Menem, cuando algunos compañeros pelean por mantener su trabajo” (*Página 12*, 12-07-94, p. 5).

<sup>32</sup> La reducción de los aportes patronales, realizada con el pretexto de “incentivar la productividad y generar “fuentes de empleo”, por parte del sector empresarial, fue llevada a cabo en dos partes. En una primera etapa, en diciembre de 1993, se estableció la reducción en el agro, la industria y la construcción. Unos meses después, en agosto de 1994, se redujeron los montos de comercios, servicios y transportes (*Página 12*, 19-08-94). Para el presidente de la Unión Industrial Argentina (UIA), Jorge Blanco Villegas, la reducción de aportes constituía “el hecho más trascendente que ha producido este Gobierno en cuatro años” (*Página 12*, 29-12-93).

<sup>33</sup> Javier González Fraga, por ejemplo, afirmaba que “nadie puede negar los excepcionales resultados del programa económico en vigencia” (*Noticias*, 27-03-94, p. 3), mientras que Horacio Liendo lo vinculaba al “desarrollo”, “inversión” y progreso” (*Página 12*, 19-06-94, p. 94). En el plano internacional, el diario *Wall Street Journal* afirmaba que “los argentinos pueden celebrar hoy la estabilidad”, criticando la falta de “independencia de la justicia” (*Página 12*, 12-06-94, p. 2).

Entre los adherentes al menemismo también se hallaba la CGT oficialista, que a fines de mayo de 1994 creó el “Movimiento político sindical Menem ’95” (*Página 12*, 25-05-94, p. 4). Desde el plano de las prácticas sociales-institucionales, cabe destacar, en ese sentido, la importancia que tendría la aceptación por parte de la dirigencia de la UOM de la lógica “empresarial”, promovida por el discurso menemista. En ese sentido, en un cambio de registro respecto a sus anteriores críticas a las privatizaciones (Fair, 2013), ahora aceptaban participar como “comisionistas” de las AFJP<sup>34</sup>. Finalmente, luego del proceso de negociación política, los dirigentes sindicales del peronismo aprobaron en el Congreso la nueva reforma previsional.

Finalmente, debemos destacar también la sanción, en julio de 1994, de una polémica Ley de Accidentes de Trabajo que el Gobierno lograría aprobar a partir de una novedosa negociación tripartita o “Acuerdo Marco” con el sindicalismo y el empresariado más concentrado<sup>35</sup>. Como consecuencia de este acuerdo “neocorporativo”, en el

---

<sup>34</sup> Gerardo Martínez y Carlos West Ocampo, sindicalistas de la Uocra (construcción) y de Fatsa (sanidad), respectivamente, se hicieron socios del Banco Provincia, el Grupo Mastellone (La Serenísima) y Zenith, compañía de Seguros en la AFJP “Claridad”. El gremio de Luz y Fuerza, junto con la Federación de Obras Sanitarias, el Sindicato del Seguro, los mecánicos de SMATA, el banco UNB y los Municipales porteños, se hicieron cargo de la aseguradora de fondos “Futura”. Los encargados de edificios (Suterh) y tabacaleros se aliaron, junto con los Bancos Credicoop, Mayo y Patricios, con “Previsol”. Finalmente, los Sindicatos de Gastronómicos (con un nuevamente menemista Luis Barrionuevo), Vidrio, Pinturas, Marítimos y Químicos, entre otros, se asociaron a la aseguradora “San José” (*La Nación*, 02-01-94; *Noticias*, 01-05-94; *Página 12*, “Cash”, 08-05-94). En las nuevas circunstancias de negociación favorable y creciente mercantilización de las organizaciones sindicales, Carlos Alderete (Luz y Fuerza), uno de los máximos beneficiarios del nuevo sindicalismo “empresario”, además de estar en el directorio de la AFJP “Futura” y al frente del PAMI, se hizo acreedor de un *holding* total que incluía seis usinas regionales, banco y aseguradora propia (*Página 12*, 08-03-94), mientras que Cassia tuvo a su cargo equipos de perforación y una flota de barcos con nueve empleados (“Cash”, 1994). Además de la CGT, dirigentes de la UOM participaron de las AFJP (en la administradora “Activa”), cobrando a sus propios afiliados un arancel por asesorarlos sobre qué fondo elegir, con la posibilidad de incrementar la capitalización futura (p. 2). En dicho marco, los más importantes dirigentes sindicales, principalmente los metalúrgicos de Miguel, aunque también los petroleros, mineros, viajantes de comercio, cementeros, garajistas, vestido, correos y molineros, entre otros, actuaron como “comisionistas” de las empresas a cargo del sistema (*Página 12*, “Cash”, 08-05-94, *Página 12*, “Cash”, 14-08-94). Ello condujo a uno de sus dirigentes a expresar que “ahora somos nosotros el Club de Amigos” (*Clarín*, 12-09-93). Los gremialistas de la UOM legitimaron esta nueva función gremial en la necesidad de “abordar algunos aspectos empresarios” (*Clarín*, 23-10-93), mientras que West Ocampo lo vinculará a mayor “empleo” y a “proyectos sociales” (*Página 12*, “Cash”, 14-08-94). Para un análisis más detallado, véase Fair (2008).

<sup>35</sup> La ley planteaba, entre sus objetivos, “atenuar las consecuencias del desempleo”, “reducir los costos laborales”, “mejorar la competitividad” y “profundizar el modelo de transformación” preservando la “equidad social” (Anexos del Discurso presidencial de apertura del 113 período de sesiones ordinarias del Congreso Nacional, 1 de marzo de 1995, Presidencia de la Nación, República Argentina, 1995, pp. 369-371),

marco de las restricciones económicas producidas por la crisis de las organizaciones sindicales (Murillo, 2008), la CGT aprobó la flexibilización de los contratos y la reducción de las indemnizaciones laborales en algunas categorías de trabajadores (PyMEs, jóvenes, mujeres y trabajadores de empresas en quiebra) y una modificación del sistema de compensaciones por accidentes de trabajo. A cambio, en respuesta a sus demandas centrales (*Página 12*, 02-06-94, p. 3), la CGT obtuvo subsidios para las obras sociales, que compensaron parcialmente los aportes perdidos por la reducción de los aportes patronales, aprobada a fines del año anterior. Además, logró la inclusión de una cláusula que descartaba de facto el proyecto para llevar a cabo la desregulación de las obras sociales<sup>36</sup>. Finalmente, extendiendo su lógica empresarial, los sindicatos “colaboracionistas” fueron autorizados a incorporarse en el negocio de las aseguradoras privadas de accidentes de trabajo (ART), creadas por la reforma (Etchemendy, 2001; Murillo, 2008, p. 196). De esta forma, con un empresariado menemizado y un sindicalismo que, frente a la crisis financiera de sus organizaciones y la inflexibilidad del Gobierno hacia los opositores duros, adhería explícitamente a los ejes medulares del modelo menemista<sup>37</sup>, o aceptaba, en las prácticas discursivas, mantener la tradicional lógica negociadora “vandarista”, la posibilidad de construir una hegemonía alternativa se hallaba vedada<sup>38</sup>.

### **La Crisis del Tequila: dislocación, crisis y nueva reformulación de posicionamientos políticos**

A fines de diciembre de 1994 se produjo un segundo acontecimiento sociohistórico de relevancia, que impactaría de manera directa y crucial sobre la construcción y legitimación de la hegemonía menemista. En efecto, el 21 de diciembre, acosado por el incremento de la tasa de interés norteamericana, el creciente déficit en la balanza de pagos y sus problemas políticos internos (el asesinato del candidato presidencial Colosio), se produjo una fuga de capitales especulativos que obligó a México a devaluar su moneda en un 15%, llegando a un 38,5% en solo tres días y un 50% en tres semanas (*Clarín*, 03-01-95). En vista del desajuste financiero, y con una economía local que dependía fuertemente del ingreso de capitales externos, la dislocación promovida por la llamada “Crisis del

<sup>36</sup> Además, la legislación referida a la negociación colectiva, el monopolio sindical a cargo del sector gremial y el sistema de indemnizaciones para trabajadores ocupados, inicialmente previstos por la ley, quedarían congelados (Alonso, 2000, pp. 175, 203).

<sup>37</sup> Como un ejemplo de esta adhesividad al neoliberalismo menemista, el Secretario de la CGT, Antonio Cassia, afirmaba: “nosotros no adherimos ni compartimos los paros activos, son extemporáneos” (*Página 12*, 07-07-94). Para un análisis más detallado de la reducción de las protestas de la CGT, a partir de la extensión de la lógica empresarial, véase Murillo (2008, pp. 317-318).

<sup>38</sup> Cabe señalar, en ese sentido, la oposición, por parte de la CTA y del MTA, a cualquier intento de reforma de la legislación laboral vigente, lo que, sin embargo, sería sistemáticamente ignorado por el Gobierno (Murillo, 2008, p. 196), con resultados infructuosos para estos sectores.

Tequila” ocasionaría una serie de transformaciones identitarias que afectarían de manera directa la permanencia del núcleo nodal de la hegemonía menemista. ¿Cómo impactaría esta crisis externa en los posicionamientos político-discursivos de los actores clave y en la estructuración del eje medular de la hegemonía menemista?, ¿Comenzarían a hacerse presentes discursos a favor de la devaluación monetaria?

### **El consenso sobre la continuidad del núcleo central y el fortalecimiento de la idea de devaluación como significativo tabú**

Hemos destacado la importancia clave que adquiriría la estabilidad, relegando el análisis del consenso general en torno a la idea de no devaluar la moneda, un reclamo que solo se hacía presente en círculos reducidos, aunque siempre de un modo indirecto y no explícito<sup>39</sup>. Con la Crisis del Tequila, se pondría de manifiesto de forma concreta la posibilidad de que la Argentina continuara el mismo camino y debiera devaluar su moneda, frente a la retracción del ingreso de capitales externos (Lo Vuolo, 1998). No obstante, analizando los discursos de los actores políticos clave, podemos observar que, lejos de incrementarse las demandas sobre la modificación del esquema medular, se fortalecerían los reclamos en torno a la necesidad de continuar con la convertibilidad fija y, por lo tanto, de no devaluar la moneda. ¿Cómo se explica este consenso tan extendido?

En el caso del empresariado, debemos tener en cuenta que, en el marco del auge de crédito financiero promovido por el 1 a 1, en mayo de 1995 las más grandes empresas se hallaban endeudadas por un total de nada menos que 11.485 millones de dólares (*La Nación*, “Economía”, 12-05-95). En ese contexto, las demandas de estos sectores eran netamente favorables a conservar la paridad cambiaria fija, a raíz de que una posible devaluación monetaria multiplicaría sus deudas contraídas<sup>40</sup>. En cuanto al sindicalismo, también solidificó el apoyo a la estabilidad monetaria fija, debido a que una posible devaluación afectaría en gran medida a sus bases, al reducir de forma indirecta los salarios de los trabajadores. Además, una devaluación se asociaba con un incremento inflacionario, lo que desvalorizaría aún más los salarios<sup>41</sup>. En ese marco, potenciado por la insistencia del Gobierno en la inflexibilidad del tipo de cambio,

<sup>39</sup> El economista Martín Redrado afirmaba, en ese sentido, que “la convertibilidad está agotada y hay que superarla”. Sin embargo, no pedía una devaluación, ya que “la convertibilidad es la Biblia, está esculpida en la pradera” (*Página 12*, 16-06-94, p. 11).

<sup>40</sup> Durante el proceso de privatizaciones, iniciado en 1989 y profundizado a partir de 1991, algunas de las más grandes empresas de capital local, como Sociedad Comercial del Plata (SCP), habían participado del negociado de las privatizaciones, endeudándose en dólares en el mercado internacional, a partir del acceso al mercado internacional de crédito (Bisang, 1998, pp. 165, 169).

<sup>41</sup> Como lo expresaría Menem en las Jornadas anuales de bancos nacionales y extranjeros, “pensar en la hiperinflación, en la pérdida absoluta del valor de la moneda, en la incertidumbre y en la

tanto la CGT como los principales dirigentes del *establishment* apoyarían la idea de mantener la “estabilidad” y no “devaluar” la moneda.

Como una prueba de este consenso compartido, el llamado Consejo de la Producción (que nucleaba a grandes empresarios con algunos sindicalistas), realizó un comunicado conjunto, que llevaba la firma de empresarios como Jorge Blanco Villegas (Presidente de la UIA), Horacio Losovitz (automotriz), Fernando de Santibañez (vicepresidente de Adeba), Carlos Di Fiori (Presidente de la CAC) y Manuel Cabanellas (Presidente de la CRA), así como de los sindicalistas Antonio Cassia, José Pedraza y Andrés Rodríguez, en el que se rechazaba categóricamente cualquier “posibilidad de devaluación” (*Clarín*, 03-03-95). A su vez, en un comunicado conjunto del “Grupo de los 8”, los más importantes representantes de las corporaciones rurales, industriales y banqueros, también expresaban su firme respaldo al Plan de Convertibilidad, con el fin de que se evitara “el recurso impensable de la devaluación”<sup>42</sup> (*Clarín*, 08-03-95). De un modo similar se pronunciaron la CGT, las 62 Organizaciones y diversos gremios peronistas<sup>43</sup>.

### **Las disputas por la hegemonía entre los principales candidatos para las elecciones presidenciales de 1995**

Los discursos de los candidatos de la oposición, o el debate sobre el mejor modo de gestionar el núcleo medular sin la figura de Menem

Hacia fines de 1994, las fuerzas político-partidarias más importantes de la oposición conformarían el Frente del País Solidario (Frepasso), con críticas al menemismo centradas en el “emprolijamiento” institucional y social. La UCR, por su parte, se hallaba

---

zozobra personal y empresarial, es pensar en un pasado no demasiado lejano para que lo podamos olvidar, o para que lo podamos recordar, sin bajar la guardia” (Abra, 1994, p. 48).

<sup>42</sup> La continuidad del modelo también recibió el respaldo de la Cámara de la Industria Aceitera (CIA-RA), la cual expresó su “confianza” en la “plena vigencia del Plan de Convertibilidad” que permitiría “capitalizar plenamente este escenario favorable para la Argentina” (*Clarín*, 05-03-95) y también del presidente de Adeba (*Clarín*, 07-03-95) y las principales confederaciones empresariales (UIA, CAI, CGE y CGI) (*Clarín*, 12-05-95 y 15-05-95; *Página 12*, 10-05-95). Por su parte, el presidente de la UIA declaraba que “la devaluación no se nos pasa por la cabeza” (*Clarín*, “Económico”, 12-03-95). Además, el apoyo al núcleo clave incluía a la Cámara de Instituciones Médico Asistenciales (Cimara), el presidente del CEA, el vicepresidente de la CACon, los empresarios Santiago Soldati (Comercial del Plata), Amalia Lacroze de Fortabat y Julio Macchi (Bolsa de Comercio) (*Clarín*, 10-01-95). Finalmente, en el plano externo, la “estabilidad” recibiría el apoyo de los principales banqueros y financistas extranjeros, incluyendo al FMI y el Gobierno de Estados Unidos (*Clarín*, 12-01-95, 13-01-95, 01-03-95 y 10-03-95, *Clarín*, 03-03-95, 07-03-95, 08-03-95 y 11-04-95).

<sup>43</sup> Dentro del sindicalismo, tanto la CGT como las 62 Organizaciones y sus representantes (plásticos, porteros, etc.), apoyaban la “moneda estable” (*Clarín*, 02-05-95) y la “estabilidad”, mencionando, en ocasiones, la necesidad de promover un mayor “crecimiento” (*Clarín*, 10-05-95, *Clarín y Página 12*, 11-05-95, *Clarín y La Nación*, 12-05-95).

fuertemente desprestigiada por la firma del Pacto de Olivos. En ese marco, signado por la Crisis del Tequila, ¿cómo se estructurarían los discursos verbales de los principales candidatos para las elecciones presidenciales a realizarse en mayo del año siguiente? Al analizar los discursos público-mediáticos, hallamos que la misma dinámica que se había iniciado en 1993 continuó durante la campaña electoral de 1995. En efecto, lejos de radicalizar sus posiciones, la Crisis del Tequila solidificaría el consenso colectivo en torno a la idea de no devaluación, por lo que el debate se ubicaba, como en la etapa de sedimentación de la hegemonía menemista (Fair, 2013), en torno a quién podía garantizar mejor la “gestión” del núcleo clave, para que se mantuviera estable en el tiempo y continuara funcionando con “piloto automático”.

Este consenso era particularmente fuerte entre los dirigentes del Frepaso. Así, mientras que el candidato a la vicepresidencia, “Chacho” Álvarez, centraba sus críticas en los efectos sociales indeseados del modelo, como la “hiperdesocupación” (*Clarín*, 06-01-95 y 09-01-95), el candidato presidencial José Bordón, quien en febrero de 1995 había vencido ajustadamente al propio Álvarez en la interna, afirmaba en una entrevista que “Cavallo no debe devaluar (...)” y que “yo no voy a devaluar si soy Presidente” (*Clarín*, 05-05-95). En efecto, el gobernador de Mendoza, quien en 1993 había declarado: “sería bueno que Carlos Menem tenga la posibilidad de la reelección y que proponga cómo continuar” (*Clarín*, 17-05-93, p. 4), defendía la estabilidad como un “compromiso ineludible” (*Página 12*, 07-05-95, p. 4 y 12-05-95). Al mismo tiempo, lo complementaba con significantes adicionales, y edificaba un discurso que articulaba algunos elementos sensibilistas, como la búsqueda de una “estabilidad con equidad”, junto con la demanda por mayor trabajo y por “solucionar el tema de los jubilados”. Además, incorporaba elementos neo-institucionalistas, reclamando la defensa de “reglas de juego claras” y la adopción de una “justicia independiente” (*Clarín*, 06-04-95 y 07-04-95), y otros moralistas, en rechazo a la “corrupción” del Gobierno (*Clarín*, 10-04-95 y 12-05-95). También incorporaba, en una continuidad de su discurso de 1993 (Fair, 2013), una serie de articulaciones típicamente neoliberales, como “el mantenimiento de la estabilidad monetaria” con un mayor “crecimiento” y un “manejo fiscal estricto” (*Clarín*, 06-05-95). En ese marco, se refería a la necesidad de lograr una “estabilidad distinta, con un gobierno austero” (*Clarín*, 10-05-95, p. 12). Aunque, en lo que sería su declaración más dura, se referiría al “fracaso rotundo del programa económico” (*Clarín*, 28-04-95), expresaba también, a tono con el discurso oficialista, que, si llegaba a la presidencia, se negaría a devaluar la moneda. Incluso, Bordón reconocía que intentaría “hacer los máximos esfuerzos para que no se siga debilitando la convertibilidad” (*Clarín*, 07-04-95). Poco después, en un tono más tajante aún, que expresaba una fuerte adhesión al núcleo medular de la hegemonía, prometía defender “totalmente la paridad cambiaria y la estabilidad de la moneda”, y sostenía que “una devaluación del peso sería una

verdadera catástrofe”<sup>44</sup> (*Clarín*, 10-05-95). Además, en un ejemplo elocuente de la predominancia de un discurso posmenemista, en relación a los fundamentos del modelo, Bordón —cuyo lema era “Por un cambio seguro”— concluiría su campaña electoral afirmando que, si llegase a ser elegido como presidente, iba a “garantizar mejor que Carlos Menem que (los ciudadanos endeudados) puedan pagar las cuotas que tienen, y en pesos” (*Clarín y La Nación*, 12-05-95).

Por su parte, dentro de la UCR, el candidato presidencial era el gobernador rionegrino Horacio Massaccesi<sup>45</sup>. El dirigente radical, quien en 1993 también se había manifestado a favor tanto de la reforma de la Constitución, como de la posibilidad de competir por la reelección de Menem (*Clarín*, 28-03-93, p. 8, 06-04-93, p. 6, 14-06-93, p. 4 y 23-10-93), defendía un discurso mixto, aunque con importantes críticas al modelo económico y social. Por un lado, expresaba el clásico discurso republicano del radicalismo, criticando la “fiesta” menemista de la “pizza y el champán” y afirmando, con relación al abuso presidencial de los decretos de necesidad y urgencia, que “Menem no sabe gobernar sin violar la ley” (*Página 12*, 03-05-95; *Clarín*, 10-05-95; *La Nación y Página 12*, 11-05-95). Por otro lado, alternaba su crítica liberal-republicana con algunas diatribas a los efectos sociales del “modelo menemista”, como la “desocupación”, aunque también agregaba otros típicamente neoliberales, como la crítica a la falta de “previsibilidad” (*Clarín*, 11-01-95, 13-03-95 y 15-04-95; *Página 12*, 02-05-95, p. 4, 11-05-95 y 12-05-95). Finalmente, buscando diferenciarse de sus contrincantes, en ocasiones se ubicaba en el ala de los críticos “duros” entre los moderados. En ese sentido, llegaría a plantear que la convertibilidad era “una medida de emergencia” y que era necesario salir “gradualmente” de la misma, aunque aclarando expresamente que se haría “sin devaluar” la moneda (*Clarín*, 13-04-95 y 07-05-95; *La Nación*, 08-05-95, 09-05-95, 12-05-95 y 13-05-95). En efecto, para Massaccesi, había que hacer un “verdadero cambio” (*Clarín*, 06-05-95, p. 10). Sin embargo, era “por demás prematuro y peligroso hablar de una devaluación” (*Clarín*, 11-01-95). Entre tanto, al tiempo que reclamaba dar “un giro de 180 grados” (*Clarín*, 11-04-95), e incluso proponía salir “gradualmente” del 1 a 1, el candidato radical señalaba que esa salida gradual debía hacerse “sin devaluar ni provocar inflación” (*Clarín*, 12-05-95, p. 11). En la misma sintonía, afirmaba: “quiero un país con estabilidad”, y luego agregaba: “pero serio, previsible” (*Clarín*, 05-03-95, p. 17). Finalmente, al igual que Bordón, no presentaba una alternativa consistente y

<sup>44</sup> En la misma línea, véanse también las declaraciones citadas en *Clarín* los días 06-05-95, 07-05-95, Suplemento “Económico”, pp. 6-11, 11-05-95, p. 6, 12-05-95, pp. 6-7 y 13-05-95, p. 2; *La Nación*, 06-05-95, p. 7, 08-05-95, p. 10 y 10-05-95, p. 12 y la entrevista del 11-05-95, p. 11; y *Página 12*, 07-05-95, p. 4, 09-05-95, p. 5, 10-05-95, p. 4 y 12-05-95, p. 5.

<sup>45</sup> En las internas partidarias del 27 de noviembre de 1994, la fórmula Massaccesi-Hernández venció a Storani-Terragno con el 65,6% de los votos.

concreta en torno a las reformas neoliberales, ni tampoco a los ejes centrales de la hegemonía menemista, basados en la estabilidad monetaria y la convertibilidad. De esta manera, su discurso se limitaba a la pura lógica diferencial, a partir de una alternativa centrada en el emprolijamiento del modelo<sup>46</sup>.

### **Las estrategias discursivas de Menem**

En el caso del justicialismo, el candidato “natural” era el propio Carlos Menem, quien había logrado reformar exitosamente la Constitución y contaba con una amplia base de apoyo<sup>47</sup>. ¿Cuáles eran sus estrategias discursivas primordiales? En primer lugar, descalificaba la legitimidad de los dos partidos opositores. Con relación a la UCR, aprovechando su fuerte desprestigio histórico a raíz del fracaso alfonsinista de 1989, lo asociaba con un partido incapaz de solucionar los problemas cotidianos. El Frepaso, por su parte, era acusado de inexperiencia y desconocimiento de la realidad argentina (Canelo, 2002, p. 33). Así, mientras su gestión podía garantizar “gobernabilidad”, el presidente criticaba a los partidos que eran “demasiado jóvenes para saber de historia” y a “otros a los que su historia los condena” (*Clarín y Página 12*, 12-07-94). En otra oportunidad, en consonancia con su discurso evolucionista a favor del “progreso”, la “modernización” y el “avance” del país hacia un futuro mejor (Fair, 2013), acusaría a la oposición de defender ideas “antiguas”, propias de tiempos pasados. Así, se refería a las ideas de Chacho Álvarez, Bordón y Storani como “ideas y propuestas totalmente fuera de tiempo y lugar” (*Página 12*, 13-08-94). Finalmente, posicionándose como el padre de la “estabilidad”, a la que vinculaba a la “inserción internacional”, se refería a la “incertidumbre total en la economía”, que significaría un triunfo opositor, la cual, según el Presidente, era equivalente a “volver a 1989”. En este clima, el discurso de Menem construía una frontera política que antagonizaba con una Argentina de la “decadencia”, la “postración”, la “involución” y el “no crecimiento”, en contraste al “camino” del Gobierno, asociado a una Argentina “grande y próspera” (*Clarín*, 10-05-95).

Pero lo más interesante del periodo iniciado en 1995 es que el presidente tuvo que lidiar, al mismo tiempo, con un nuevo componente externo a su discurso, que tendió a incluirse con más y más fuerza dentro de la propia frontera interna: el tema de la desocupación. En un primer momento, los índices de desempleo habían sido neutralizados por la toma que los sectores comercial y de servicios hicieron de empleados expulsados del sector

<sup>46</sup> Las únicas propuestas explícitas de salida concreta de la convertibilidad eran de candidatos marginales a nivel político y electoral, como Aldo Rico y “Pino” Solanas. No obstante, no especificaban cómo salir, ni qué alternativa podría edificarse a cambio, por lo que tampoco se oponían a la estabilidad monetaria, ni reclamaban devaluar la moneda (*Clarín*, 13-05-95, p. 2).

<sup>47</sup> A fines de 1994, algunos sectores que habían acompañado a Bordón durante los años anteriores, como el gobernador de Mendoza, Rodolfo Gabrielli, terminaron acordando, finalmente, su apoyo al presidente para las elecciones del '95 (Palermo y Novaro, 1996, p. 454), en una muestra más de la lógica de disciplinamiento de los sectores de tradición peronista.

público e industrial (Gómez, Palacios y Zéller, 1996, p. 262). Sin embargo, los índices de desempleo se fueron incrementando progresivamente, a medida que se iba agudizando el proceso de privatización, apertura y flexibilización laboral. Así, los índices del 6,9%, entre junio de 1991 y mayo de 1992, se elevaron a 9,9% en mayo del año siguiente, y llegaron a 10,7% en mayo de 1994 y 12,1% en octubre de ese mismo año. El gran salto, sin embargo, se produjo en mayo de 1995, cuando la desocupación alcanzó la cifra récord de 18,4% (INDEC, 1998). Al mismo tiempo, la tasa de subocupación hacía lo propio, aumentando desde un 8,6% en junio de 1991 a 10,4% en octubre de 1994, hasta alcanzar un 11,3% en mayo de 1995<sup>48</sup>. La pobreza, por su parte, también se incrementó sensiblemente. Así, la tasa de hogares pobres en el Gran Buenos Aires, que había caído desde un 21,9% en mayo de 1991, a 14,2% en octubre de 1994, creció hasta un 16,3% en mayo de 1995, al tiempo que el porcentaje de los hogares indigentes, que se había reducido de 3,6 a 3%, entre mayo de 1991 y octubre de 1994, se elevó a 4,3% en mayo del año siguiente<sup>49</sup>. En ese contexto, como lo indicaban diversas encuestas, las demandas para solucionar el tema del desempleo reemplazaban ampliamente a los asuntos que hasta ese momento predominaban, como la estabilidad y la lucha contra la hiperinflación<sup>50</sup>.

Este significante emergente se constituyó como un síntoma social que evidenció los límites del discurso hegemónico menemista y puso en aprietos al Gobierno, al no poder ser colocado en la vereda de enfrente de la cadena equivalencial interna. Debemos tener en cuenta que el trabajo fue, históricamente, un símbolo y bandera del peronismo, vinculado al valor de la dignidad y al significante de justicia social. El discurso presidencial, sin embargo, tendió a menospreciar su importancia, afirmando que se trataba de

<sup>48</sup> Datos extraídos de [www.indec.gov.ar](http://www.indec.gov.ar).

<sup>49</sup> Datos de la Encuesta Permanente de Hogares (EPH), extraídos de [www.indec.gov.ar](http://www.indec.gov.ar).

<sup>50</sup> Según encuestas de Romer, ya en agosto de 1994 la principal demanda era para solucionar el tema del desempleo, que arrojaba un 19%, mientras que la demanda de estabilidad no aparecía siquiera en las encuestas. Al mismo tiempo, sin embargo, solo un 17% de los encuestados exigía un cambio total en el plan económico (*Página 12*, 28-08-94). Otras encuestas similares mostraban también que la desocupación y los bajos salarios representaban, a mediados de 1994, la principal demanda ciudadana, dejando a un lado la estabilidad económica. En efecto, para la consultora Romer: "preocupa el desempleo y los efectos del modelo", mientras que según Haime, "con la estabilidad no alcanza". Para Mora y Araujo, en la misma línea, "el efecto de la estabilidad está absorbido, temas como el desempleo y los salarios han pasado a primer lugar". Sin embargo, como señalaba el consultor Edgardo Catterberg, lo que cabe resaltar es que aún así "no hay sensación de fracaso del Plan de Convertibilidad" (véase *Página 12*, 03-07-94). Por su parte, según una encuesta de Latinobarómetro, durante el período mayo-junio de 1995, el problema más importante en Argentina era la desocupación, con un 45%, contra solo 13% que se refería a los bajos salarios y 3% a la inflación (*Latinobarómetro*, 1995, p. 3). A su vez, otro informe del organismo indicaba que, en mayo de 1995, el 71% de la población declaraba estar preocupada por la posibilidad de quedar desempleada (*Latinobarómetro*, 2007, p. 16).

una realidad a escala global, producto “no deseable” del fenómeno mundial de la globalización. En ese sentido, poco antes de las elecciones del 95, Menem afirmaba que “todo es producto de la transformación que vive la Argentina, se trata de un fenómeno internacional. La globalización de la política, de la economía, nos lleva a este tipo de situaciones” (*Clarín*, 06-04-95). En efecto, “el problema de la desocupación no afecta solo a la Argentina, es una crisis a nivel mundial” (*Clarín*, 12-04-95). De este modo, aprovechando los elevados índices de desempleo de muchos de los países desarrollados<sup>51</sup>, Menem señalaba: “todavía estamos por debajo de los índices de desocupación de los países desarrollados” (*Clarín*, 09-04-95). En dicho marco, los índices nacionales serían “un logro, comparado a lo que sucede en Europa” (*Página 12*, 12-07-94).

Por otra parte, debemos destacar la estrategia a la que apelaba el presidente, quien, en consonancia con su discurso evolucionista, expresaba que, si previamente él y su Gobierno habían logrado terminar con décadas de hiperinflación, ahora, con respecto al problema del desempleo, eran ellos “los únicos en condiciones de solucionar esto” (*Clarín*, 05-04-95). En efecto, a partir de la puesta en marcha del régimen de convertibilidad, en abril de 1991, el Gobierno de Menem había logrado estabilizar totalmente la economía, luego de casi cuatro décadas de inflaciones e hiperinflaciones. Este hecho concreto y tangible, que le permitía relegitimar su discurso verbal apelando a los indicadores económicos favorables, promovía una confianza acordada de que, en un futuro cercano, también podía ser posible solucionar, “en los hechos”, el problema irresuelto de la creciente desocupación. En palabras de Menem: “Ustedes saben que no miento: hacia la mitad de mi Gobierno la inflación estaba vencida. Para la mitad de mi próximo mandato, venceremos el desempleo” (*Clarín*, 12-05-95, p. 12). El presidente, además de hacer mención a los índices negativos de otros países, que mostraban que el fenómeno del desempleo trascendía por mucho el ámbito local, contaba a su favor con el recuento de los “logros” ya obtenidos durante su primera presidencia y con la ausencia de otras experiencias para poder valorar los efectos a futuro de la aplicación de las reformas de mercado. En dicho marco, se refería a la “segunda etapa de la transformación” declarando: “tenemos un único y excluyente objetivo: trabajo, trabajo, trabajo” (*Clarín*, 12-05-95, p. 19).

Pero además, la promesa de Menem de acabar con la desocupación, si se profundizaban las reformas iniciadas en su primera gestión, concordaba con la ausencia de una discusión política sobre los “enunciados credógenos” (De Ípola, 1997) del neoliberalismo. Estos enunciados se hallaban fuertemente vinculados a la lógica evolucionista que planteaba su discurso, en el que había una idea sedimentada del progreso y evolución de la sociedad y del

---

<sup>51</sup> Efectivamente, los índices de desempleo de algunos países de Europa eran netamente superiores a los de la Argentina. Así, a mediados de 1994, España tenía una desocupación del 22,5%, Irlanda del 19,5% y Finlandia del 16,6%, entre otros (*Página 12*, Suplemento “Cash”, 05-06-94).

planeta hacia un futuro mejor para todos (Fair, 2013). En otras palabras, en un contexto de ausencia de antecedentes —en el que además existía una necesidad perentoria de creer, promovida por el discurso hegemónico, que se avanzaba hacia un mundo más pacífico, solidario y feliz—, la confianza en el discurso de Menem no era independiente de la fe en un futuro venturoso, en el que las ideas “objetivas” de la modernización neoliberal, pronto “derramarían” sus beneficios hacia los sectores populares. Se absorbía, de este modo, una de las premisas indiscutidas del neoliberalismo, el cual era aceptado como una realidad incontratable de sentido común. A partir de entonces, se esperaba observar “en los hechos” los efectos positivos de su implementación. De allí que, a pesar de que el signifiante de desocupación adquirió una importancia creciente, el clima mundial de época, junto con la fe en un futuro de progreso que lograría terminar con aquel problema (como lo había logrado previamente con la hiperinflación) y el miedo a la devaluación monetaria, coadyuvaron a que predominara la adhesión conservadora en torno al liderazgo de Menem<sup>52</sup>.

Como una muestra de la eficacia de este discurso neoliberal y de la aceptación del discurso menemista, a poco tiempo de realizarse las elecciones, el titular de la CGT, Antonio Cassia, expresaba, en consonancia con el discurso menemista, que:

La desocupación y el subempleo es un flagelo mundial (...). Internacionalmente se vive una crisis de desempleo que obedece a otras motivaciones y en las cuales nos vemos seriamente inmersos. En ese contexto, la dirigencia gremial de hoy debe replantearse las estrategias y las tácticas (...). Entiende la CGT de la República Argentina que el sindicalismo debe reflejar las apetencias de paz social que se perciben entre los trabajadores, y no ser generadores de un espíritu reaccionista. La participación puede ser entendida como la facilitación del camino para las apetencias de los empleadores, o la forma más idónea para mejorar lo inevitable: ¿o acaso protestando vamos a evitar que la tecnología nos lleve por delante? (...) (En ese marco) los trabajadores asumimos la inevitabilidad de la transformación”.  
(Antonio Cassia, CGT, Solicitada, *Clarín*, 12-04-95)

### **La reconstrucción del orden político del discurso menemista: la garantía performativa de mantenimiento de la promesa de plenitud y la identificación personalista en torno al liderazgo de Menem**

A partir de la Crisis del Tequila, el discurso menemista profundizó la política performativa de la confianza que había iniciado tras su llegada al poder, y buscó generar tranquilidad y certidumbre en el sector privado (Fair, 2013). En ese marco, la principal estrategia

<sup>52</sup> El propio presidente alimentaría este temor, al afirmar, frente al radicalismo y el frepasismo: “no quiero ni pensar lo que le puede esperar a la Argentina con toda aquella gente que ha comprado sus casas, sus electrodomésticos y hasta su auto en cuotas, apenas se empiece a hacer demagogia más adelante” (*Página 12*, 02-08-94).

discursiva consistió en centrarse en los ejes medulares de la hegemonía neoliberal. Así, insistió una y otra vez en el rechazo a toda posibilidad de devaluar la moneda y salir del esquema convertible, respondiendo a las demandas predominantes en torno a la permanencia inalterable del 1 a 1. Igualmente destacó la importancia crucial que tenía la estabilidad económica sobre los sectores de menores ingresos, y afirmó, como lo había hecho en ocasiones previas, que la estabilidad garantizaba un principio básico del peronismo, como es la “justicia social”. En palabras del presidente, “pese a la existencia de asignaturas pendientes” que “sería hipócrita no reconocer”, la “estabilidad” es “el mayor aporte existente a la justicia social”, porque “en la inflación y la hiperinflación, la justicia social solo recibe heridas mortales” (Discurso oficial del 1 de marzo de 1995, p. 25).

Al recuperar el componente de “transformación nacional” que presentaba desde su arribo al poder (Fair, 2013), el discurso del presidente también hacía mención al viejo latiguillo del 89, y resaltaba que su Gobierno había logrado “cambiar la historia”, siguiendo el “mandato” del “pueblo”. En efecto, a partir de su liderazgo fuerte, se había logrado terminar “con aquel país aislado”, “sin esperanza”, “descreído”, “amenazado por la sombra de la ruina y el derrumbe”. Se trataba de un país “sin fe en su moneda, que ya no existía”, un país “envejecido por el miedo y la desconfianza”. Frente a esa situación de “decadencia”, signado por la presencia de “un aparato elefantiásico, costoso e ineficiente, causa de corrupción”, Menem había llevado a cabo una profunda “reorganización del Estado”, a partir de “la privatización de las enormes empresas estatales”. Esto le había permitido “la derrota de la hiperinflación y la espiral inflacionaria”. En efecto, como luego agregaría, “de guarismos de hasta el 6% diario (de inflación), hemos pasado a menos de un 4% anual”. Además, en contraposición a la trágica crisis de 1989, se había logrado “la recuperación de la moneda y el crédito, con una estabilidad que se apoya en reservas verdaderas del Banco Central” (Discurso del 1 de marzo de 1995, pp. 18-21).

Por otra parte, la reelección de Menem funcionaba también como una garantía de continuidad de los “éxitos” asociados al proceso de “transformación” en el plano internacional. Desde el discurso de Menem, su Gobierno había logrado, a partir de la estabilidad monetaria y la relación de “amistad” con las potencias mundiales y los organismos multilaterales de crédito, una inserción “inédita” al orden global, con su correlato, los elevados índices de “crecimiento”, “progreso”, “modernización” y “desarrollo” (Fair, 2013). En palabras del presidente, Argentina había “recuperado su rol en el ámbito internacional” y, gracias a “renegociación y el pago de la deuda externa”, se había “reinsertado entre las naciones serias del mundo” (Discurso oficial del 1 de marzo de 1995, pp. 18, 21).

En esas circunstancias, relegitimando su discurso verbal en el recuento (selectivo) de los hechos discursivos realizados y los indicadores macroeconómicos positivos, el presidente intentaba retener la confianza social, mostrándose como el “único capaz de mantener la estabilidad, el crecimiento y el prestigio del país” (*Página 12*, 14-05-95). Al

mismo tiempo, prometería hasta al hartazgo que, en caso de ser reelecto, no dudaría en mantener la paridad cambiaria, destacando que su “primer compromiso” consistía en “la defensa a rajatabla de la estabilidad, de la Convertibilidad y de la paridad 1 a 1 de nuestro signo monetario” (*Clarín*, 02-03-95). En el mismo sentido, señalaría que “por la estabilidad y la convertibilidad yo me juego totalmente”, para luego afirmar: “nada ni nadie nos hará cambiar de rumbo” (*Clarín*, 04-03-95). En efecto, como lo expresaría en una entrevista: “al menos mientras yo esté, el dólar se va a mantener” (*Clarín*, 10-05-95). Con ello, el mandatario sentenciaba: “el peso y el dólar se mantendrán en una paridad 1 a 1, tal cual dice la Ley de Convertibilidad” (*Clarín*, 07-03-95) y ratificaba: “no va a haber (una) devaluación” (*Clarín*, 13-03-95).

Sin embargo, a pesar de los intentos por generar confianza política y revalorizar su rol de liderazgo, la incertidumbre continuaba presente en algunos sectores. En el plano extralingüístico de las prácticas sociales, esta incertidumbre se manifestó en un masivo retiro de depósitos bancarios, con la consiguiente inestabilidad financiera. En ese contexto de desconfianza, en el que, además, se produjo una fuerte caída del nivel de reservas en poder del Banco Central<sup>53</sup> (Adeba, 1995) —elemento clave para mantener vigente el ancla cambiaria— el presidente hizo valer sus dotes de liderazgo. Así, lejos de dejar todo tal como estaba, desde las prácticas político-institucionales promovió una serie de políticas públicas y de gestos simbólicos que acompañaron su discurso verbal. En ese sentido, eliminó, en primer lugar, la banda cambiaria mínima de flotación, establecida originariamente en 1991, fijando una equivalencia total entre el peso y la divisa estadounidense. Además, logró acordar un nuevo préstamo con el FMI y estableció, para contribuir a mantener la confianza social, un sistema por el cual garantizó los depósitos bancarios de hasta 10.000 pesos o dólares en cajas de ahorro, cuenta corriente y plazos fijos a menos de 90 días, y una garantía de 20.000 pesos o dólares, para los depósitos de más de 90 días (*Clarín*, 15-04-95). Finalmente, frente a la posible quiebra de algunas entidades bancarias, en el marco de un proceso de creciente fuga de depósitos, el mandatario firmó el decreto 445/95, en el que se estableció la creación de un Fondo Fiduciario de Capitalización Bancaria, con el objeto de suscribir e integrar aportes de capital, u otorgar préstamos a entidades financieras (convertibles o no en acciones), comprar y vender acciones o adquirir activos de entidades financieras. En esas circunstancias, el presidente reforzaba su discurso verbal, destacando: “yo les

<sup>53</sup> Entre el 23 de diciembre de 1994 y el 31 de marzo de 1995, el Banco Central perdió reservas internacionales por un total de US\$ 5596 millones, mientras que la caída en los pasivos monetarios fue inferior al de las reservas (\$ 4255 millones). Esto significó una disminución en las reservas excedentes del BCRA de más de US\$ 1300 millones. A su vez, si bien se mantuvieron las relaciones básicas establecidas en la Ley de Convertibilidad, se verificó un deterioro en la calidad de las reservas, aumentando la participación de los títulos públicos en los activos externos (MEyOSP, 2001).

digo que no hay ningún tipo de problemas, que mantengan sus depósitos en los bancos, porque está todo garantizado” (*Clarín*, 15-04-95).

Los hechos discursivos en el plano de las políticas públicas, junto con la garantía verbal de mantenimiento de la “promesa de plenitud” (Laclau, 2005b, p. 28) por parte del Gobierno, con la consiguiente “certeza tranquilizadora” (Derrida, 1989, p. 384) de que ese orden se mantendría estable en el tiempo, sin sufrir modificaciones arbitrarias, resultaron, en ese sentido, cruciales para mantener el respaldo de los diversos integrantes organizacionales de la hegemonía menemista, así como de gran parte de la sociedad. Esta renovación de la confianza se expresó, en las prácticas discursivas de los agentes sociales, mediante un masivo retorno de los depósitos oficiales a los bancos, que se incrementaron desde 5.990,3 millones, en marzo de 1995, a 6.691,7, dos meses después, mientras que los depósitos totales lo hicieron desde 39.716,7, a 40.014,7 millones, en el mismo periodo (*Síntesis informativa*, 1995).

### **El retorno del “piloto de tormentas” y el adosamiento del núcleo clave a la figura de Menem**

A partir de lo expuesto, podemos afirmar que la Crisis del Tequila, lejos de debilitar el discurso menemista, terminó fortaleciéndolo. En efecto, por un lado, mostró los efectos “catastróficos”, y rememoró el retorno al “caos” económico y social, que podía ocurrir si se producía una devaluación de la moneda. Ello implicaría el fin del orden económico, político, social y cultural alcanzado, así como la evaporación de los beneficios y bondades atribuidos al mismo. Por otro lado, reforzó la legitimidad social del plan y, en particular, del núcleo orgánico, al poner en evidencia que la crisis mexicana no había afectado significativamente a la economía nacional, como sí lo había hecho en aquel país. En pocas palabras, el Tequila mostró la fortaleza del Plan de Convertibilidad y su proceso de estabilización, al tiempo que expuso los efectos negativos que podría tener una salida del mismo. Pero además, como vimos, la Crisis del Tequila le permitió a Menem hacer gala de su estilo de liderazgo “piloto de tormentas” (Novaro, 1994). Así, en el marco de la Crisis del Tequila, las políticas públicas implementadas por su Gobierno —sobredeterminadas por un discurso verbal que se relegitimaba dialécticamente en las propias prácticas político-institucionales que asumía el presidente— le permitían a Menem reforzar su liderazgo decisorio. De este modo, la nueva situación de caos y emergencia, rememoración de la crisis de 1989, era contrapuesta a la respuesta efectiva del decisionismo presidencial (Fair, 2012, 2013).

Este estilo de liderazgo fuerte podía exhibir hechos concretos para salir de la crisis económica, iniciada en diciembre de 1994. El discurso verbal acompañaba estos hechos del discurso, a partir del recuento de los “logros” del modelo y la promesa de mantener inalterable el núcleo básico. Mediante este discurso performativo, el

presidente lograba fortalecer su imagen de liderazgo político, al tiempo que consolidaba la hegemonía menemista. En ese marco, posicionándose como el único “padre” legítimo del modelo, y asegurando que a futuro se iban a mejorar sus aspectos defectuosos, del mismo modo que había logrado vencer previamente la hiperinflación, Menem lograba situarse con éxito como la mejor opción política.

Ante la ausencia de una oposición que planteara una hegemonía alternativa, incluso dentro de su partido<sup>54</sup>, en las elecciones del 14 de mayo de 1995, el presidente, acompañado en su fórmula por Carlos Ruckauf, lograría ser reelecto cómodamente en primera vuelta, con el respaldo de casi el 50% de los votos. De este modo, con el apabullante éxito del discurso presidencial, que era mayor al total de sus dos principales competidores, se materializaba el proceso de consolidación de la hegemonía menemista en torno a la estabilidad, la convertibilidad y su adosamiento a las reformas neoliberales. Al mismo tiempo, se consolidaba el papel del presidente como su garante máximo, de modo tal que, en el debate sobre la mejor gestión del núcleo orgánico, quedaba sellada la paternidad del modelo a la figura personalista de Menem.

## Referencias bibliográficas

- Abal Medina, J. M. (1998). “El partido Frente Grande, análisis de una experiencia inconclusa”. *América Latina Hoy* 20: pp. 101-110.
- Aboy Carlés, G. (2001). *Las dos fronteras de la democracia argentina. La reformulación de las identidades políticas de Alfonsín a Menem*. Rosario: Homo Sapiens.
- Alcántara Sáez, M. (2004). *¿Instituciones o máquinas ideológicas? Origen, programa y organización de los partidos latinoamericanos*. Barcelona: Institute de Ciencies Politiques i Socials.
- Alonso, G. (2000). *Política y seguridad social en la Argentina de los '90*. Madrid: Mino y Dávila.
- Armellino, M. (2005). “Resistencia sin integración: protesta, propuesta y movimiento en la acción colectiva sindical de los noventa. El caso de la CTA”. En AA.VV., *Tomar la palabra* (275-311). Buenos Aires: Prometeo.

---

<sup>54</sup> De hecho, entre diciembre de 1994 y marzo de 1995, el Gobierno logró el visto bueno, por parte de los legisladores justicialistas, a varias medidas polémicas, entre ellas, la suspensión de juicios a jubilados, nuevas privatizaciones, suspensión de fondos provinciales y la aprobación parlamentaria de la ley de emergencia previsional, la nueva ley de flexibilización laboral y la elevación impositiva del IVA del 18 al 21% (Palermo y Novaro, 1996, pp. 447-448).

- Baldioli, A. y S. Leiras (2010). "Argentina en la década de la decisión política. El liderazgo neodecisionista de Carlos Saúl Menem", en S. Leiras (comp.). *Estado de excepción y democracia en América Latina* (53-79). Rosario: Homo Sapiens.
- Bajtín, M. (1982). "El problema de los géneros discursivos". En *Estética de la creación verbal* (248-293). México: Siglo XXI.
- Balsa, J. (2013). "Cuatro planos de análisis de las operaciones discursivas en la construcción de la hegemonía". Ponencia presentada en el "VI Coloquio de Investigadores en Estudios del Discurso y II Jornadas Internacionales sobre Discurso e Interdisciplina, Asociación Latinoamericana de Estudios del Discurso (ALED). Buenos Aires, 12 al 14 de junio de 2013.
- Bisang, R. (1998). "Apertura, reestructuración industrial y conglomerados económicos". *Desarrollo Económico* 38: 143-176.
- Bonanotte, C. (1996). *Plan de Convertibilidad y conflictividad laboral. Un estudio estadístico de los conflictos laborales en tiempos de crisis*. Buenos Aires: Mimeo.
- Bonnet, A. (2008). *La hegemonía menemista. El neoconservadurismo en Argentina. 1989-2001*. Buenos Aires: Prometeo.
- Canelo, P. (2002). *La construcción de lo posible: identidades y política durante el menemismo. Argentina, 1989-1995*. Buenos Aires: Flacso.
- Canitrot, E. (1992). "La macroeconomía de la inestabilidad. Argentina en los '80". *Boletín informativo Techint* 272: 27-54.
- Corral, D. (2007). "La seducción del instante y el hastío de la duración. El liderazgo de Chacho Álvarez y el devenir de la centroizquierda en los '90". En E. Rinesi, G. Nardachione y G. Vommaro (comps.), *Los lentes de Víctor Hugo. Transformaciones políticas y desafíos teóricos en la Argentina reciente* (151-217). Buenos Aires: Prometeo-UNGS.
- De Ípola, E. (1997). *Las cosas del creer*. Buenos Aires: Ariel.
- Delamata, G. (2003). "De los "estallidos" provinciales a la generalización de las protestas en la Argentina. Perspectiva y contexto en la significación de las nuevas protestas". *Revista de Ciencias Sociales* 14: 121-138.
- Delamata, G. (2004). *Los barrios desbordados. Las organizaciones de desocupados del Gran Buenos Aires*. Buenos Aires: Eudeba.
- De Riz, L. (1998), "Las elecciones en Argentina de 1991 a 1995" en J. Rial y G. Zovatto (ed.). *Urnas y desencanto político. Elecciones y democracia en América Latina 1992- 1996* (485-508). Costa Rica: IIDH/ CAPEL.

- Derrida, J. (1989). *La escritura y la diferencia*. Barcelona: Anthropos.
- Etchemendy, S. (2001). "Construir coaliciones reformistas: La política de las compensaciones en el camino argentino hacia la liberalización económica". *Desarrollo Económico* 40 (160): 675-706.
- Fair, H. (2008). "El Plan de Convertibilidad y el sindicalismo durante la primera presidencia de Menem". *Trabajo y Sociedad* 10 (9): 1-17 En línea: <http://www.unse.edu.ar/trabajosociedad/FAIR.pdf>. Recuperado: 30 de junio de 2013.
- Fair, H. (2012). "El discurso neodecisionista de Carlos Menem: Del caos económico, político y social, a la estabilidad y la recuperación del orden público (1989-1995)". En S. Leiras (coord.). *Democracia y Estado de excepción: Argentina 1983-2008* (87-152). Buenos Aires: Prometeo.
- Fair, H. (2013). "La construcción y legitimación social de la hegemonía menemista. Política, discurso e ideología entre 1988 y 1995". Tesis para optar al grado de Doctor en Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires (UBA).
- Farinetti, M. (2005). "Violencia y risa contra la política en el Santiagueñazo: indagación sobre el significado de una rebelión popular", en AA.VV., *Tomar la palabra* (217-273). Buenos Aires: Prometeo.
- Fernández, A. (1995). "Los roles del sindicalismo durante la transición democrática (1983-1995)". *Revista de Ciencias Sociales* 3: 213-228.
- Fidanza, E. (1998). "Del Pacto de Olivos a la Alianza UCR-FREPASO: acerca de la evolución del voto opositor en la Provincia de Buenos Aires. Un abordaje preliminar". En línea: <http://www.saap.org.ar/esp/docs-revista/boletin/1998/ot-fidanza.pdf>. Recuperado: 30 de junio de 2013.
- Foucault, M. (1973). *El orden del discurso*. Barcelona: Tusquets.
- Giddens, A. (1993). *La constitución de la sociedad*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Gómez, M., Palacios, L. y Zéller, N. (1996). "La conflictividad laboral durante el Plan de Convertibilidad en la Argentina (1991-1995)". *Aportes para el Estado y la administración gubernamental* 3: 245-285.
- Grippo, R. (2003). "La Unión Cívica Radical en el período 1989-1997. La estrategia discursiva en los escenarios electorales ante los cambios ambientales". Trabajo presentado en el VI Congreso Nacional de Ciencia Política de la Sociedad Argentina de Análisis Político, 5 al 8 de noviembre. En línea: <http://www.saap.org.ar/esp/docs-congresos/congresos-saap/VI/areas/06/grippo.pdf>. Recuperado: 30 de junio de 2013.

- Gurrera, M. S. (2002). "Protesta, conflicto sindical e identidades políticas: la Central de los Trabajadores Argentinos en los años noventa". En *Informe final del concurso: Movimientos sociales y nuevos conflictos en América Latina y el Caribe*. Buenos Aires: Programa Regional de Beca, CLACSO. En línea: <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/becas/2002/mov/gurrera.pdf>. Recuperado: 30 de junio de 2013.
- Heredía, M. (2006). "La demarcación de la frontera entre economía y política en democracia. Actores y controversias en torno de la política económica de Alfonsín". En A. Pucciarelli (coord.). *Los años de Alfonsín (1983-1989)*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Laclau, E. y C. Mouffe (1987). *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*. Buenos Aires: FCE.
- Laclau, E. (2005a). *La Razón populista*. Buenos Aires: FCE.
- Laclau, E. (2005b). "Populismo: ¿qué hay en el nombre?". En L. Arfuch (comp.). *Pensar este tiempo. Espacios, afectos, pertenencias (25-46)*. Buenos Aires: Paidós.
- Lo Vuolo, R. (1998). "Crisis de integración social y retracción del Estado de Bienestar en Argentina". En R. Lo Vuolo y A. Barbeito (comps.). *La nueva oscuridad de la política social. Del Estado populista al neoconservador (187-267)*. Buenos Aires: Miño y Dávila-Ciepp.
- Mayer, J. (1995). "Algunas notas sobre el menemismo". En R. Sidicaro y J. Mayer (comps.). *Política y sociedad en los años del menemismo (279-288)*. Buenos Aires: Oficina de publicaciones del Ciclo Básico Común, Universidad de Buenos Aires (UBA).
- Murillo, M. V. (2008). *Sindicalismo, coaliciones partidarias y reformas de mercado en América Latina*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Novaro, M. (1994). *Pilotos de tormentas: crisis de representación y personalización de la política en Argentina. 1989-1993*. Buenos Aires: Letra Buena.
- Novaro, M. y V. Palermo (1998). *Los caminos de la centroizquierda*. Buenos Aires: Losada.
- Palermo, V. y M. Novaro (1996). *Política y poder en el gobierno de Menem*. Buenos Aires: Norma-FLACSO.
- Pucciarelli, A. (2002). *La democracia que tenemos. Declinación económica, decadencia social y degradación política en la Argentina actual*. Buenos Aires: Libros del Rojas.
- Sigal, S. y E. Verón (2003). *Perón o muerte. Los fundamentos discursivos del fenómeno peronista*. Buenos Aires: Legasa.

Svampa, M. (2005). *La sociedad excluyente. La Argentina bajo el signo del neoliberalismo*. Buenos Aires: Taurus.

### Diarios y otras referencias

ABRA (1994). "Las estrategias del desarrollo. La banca, el crecimiento y la inversión social". Cuartas Jornadas Bancarias de la República Argentina. Asociación de Bancos de la República Argentina, agosto de 1993.

ADEBA (1991, 1994 y 1995). *Memoria anual*. Buenos Aires: Asociación de Bancos.

### *Ámbito Financiero*

Anexos del Discurso presidencial de apertura del 113 período de sesiones ordinarias del Congreso Nacional, 1 de marzo de 1995. Presidencia de la Nación, República Argentina.

### *Clarín*

Discursos oficiales del presidente de la Nación, Dr. Carlos Saúl Menem, Dirección General de Difusión, Secretaría de Medios de Comunicación, Presidencia de la Nación, República Argentina (varios tomos).

INDEC (1998). *Anuario Estadístico de la República Argentina, Instituto Nacional de Estadísticas y Censos* 14. En línea: [www.indec.gov.ar](http://www.indec.gov.ar).

*Indicadores para el Seguimiento de la Situación Social* (1998). Secretaría de Desarrollo Social, Presidencia de la Nación, República Argentina.

*Informe Latinobarómetro* (1995 y 2007). En línea: [www.latinobarometro.org](http://www.latinobarometro.org).

### *La Nación*

Ministerio de Economía y Obras y Servicios Públicos (2001). "Dinero y bancos: Sistema financiero ante la crisis mexicana del 20 de diciembre de 1994". Buenos Aires: MEyOSP.

*Noticias* (varios números).

### *Página 12*

*Síntesis informativa, económica y financiera* (varios números). Publicación del Banco Provincia, Argentina.

